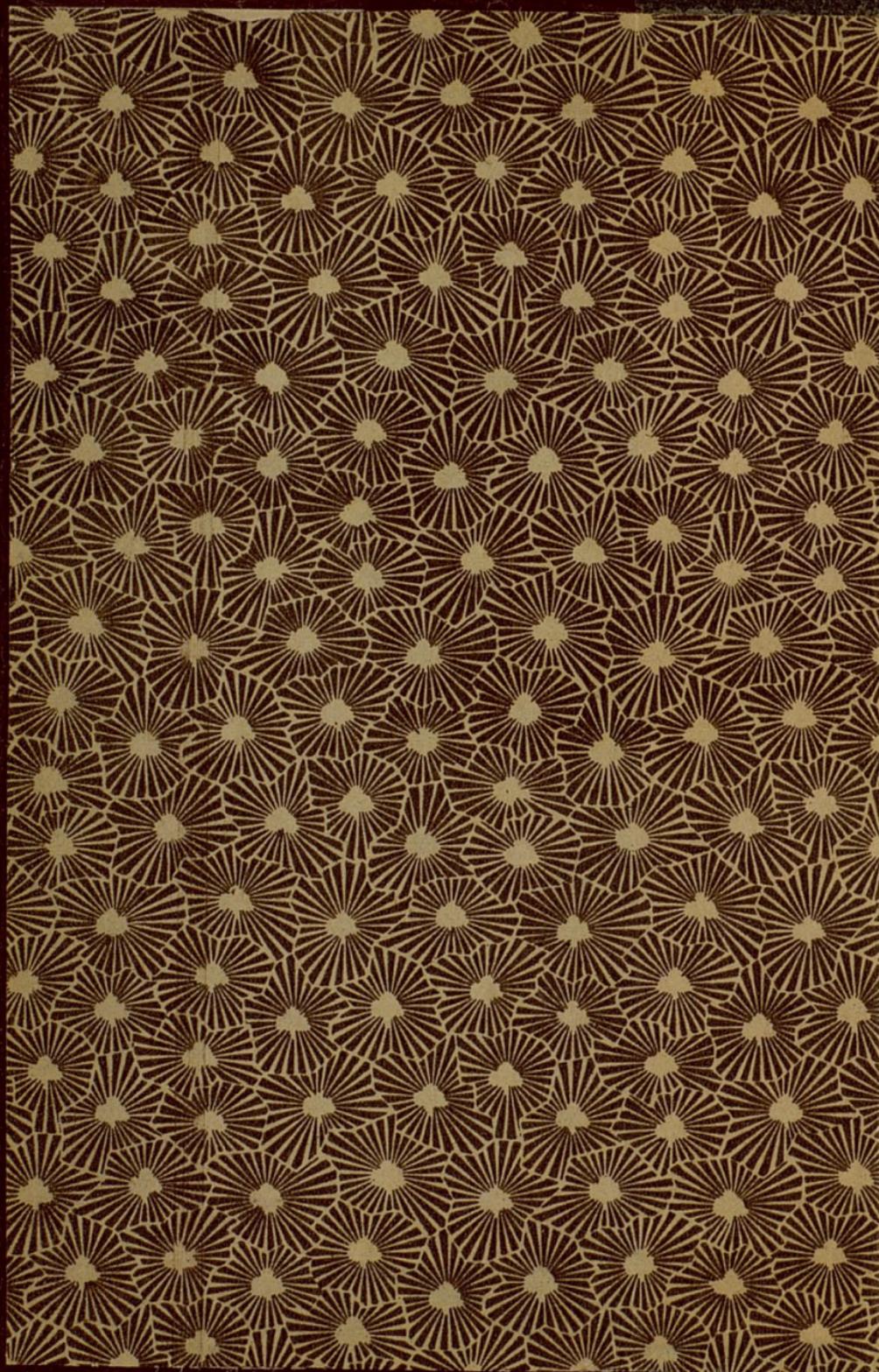


9
AS
d

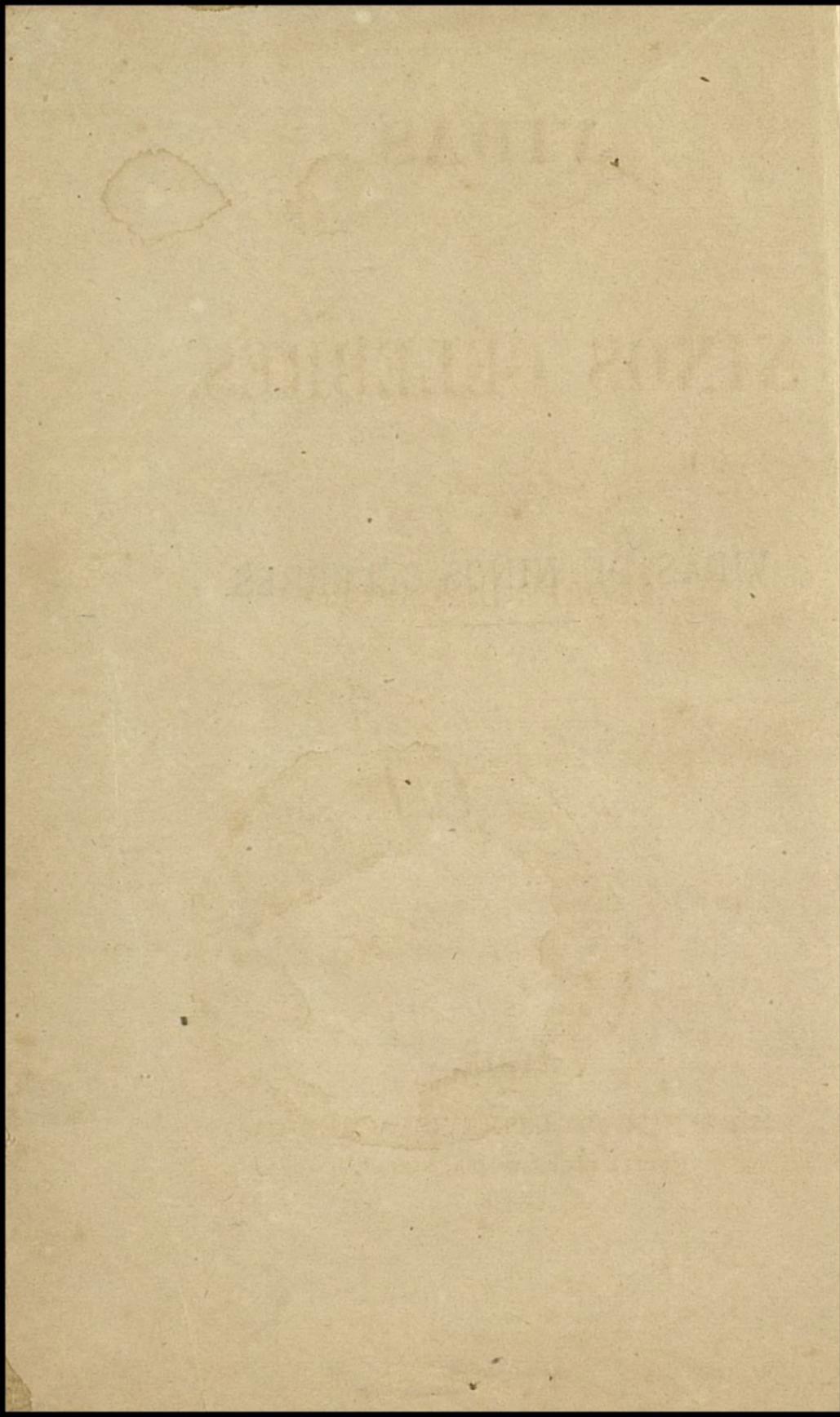


NO SE PRESTA

Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura.



VIDAS DE NIÑOS CÉLEBRES.



92
CAS
vid

S-XIX
8849

R-17.627

VIDAS

DE

NIÑOS CÉLEBRES,

POR EL ILMO. SR.

D. ADOLFO DE CASTRO.



CADIZ.

—
IMPRENTA DE LA REVISTA MÉDICA,

CALLE DE LA BOMBA, NUM. 1.

1865.

El autor se reserva los derechos de propiedad.

Un "Tratado histórico de los niños célebres por sus estudios ó por sus escritos," publicó Mr. Baillet: "Historias de niños célebres" Mr. Freville; y modernamente "Las infancias célebres" Mme. Luisa Colet. El primero describió las vidas lo mismo de los que fueron famosos cuando niños y murieron niños, que de los que despues de esta celebridad prematura, llegaron hasta la virilidad y aun á la decrepitud: el segundo compuso las historias de los que alcanzando fama, fallecieron en la niñez, historias donde están mezcladas la verdad y la mentira; y la última solo trazó una narracion novelesca de las niñeces de algunos personajes ilustres,

en que ya dieron notables muestras de sí.

El presente librito contiene las vidas de algunos que consiguieron celebridad en la niñez, y murieron niños, llegando á lo mas á la edad de veinte años.

Las vidas son:

De Gordiano III, Emperador.

De los Santos Justo y Pastor.

De D. Pedro Alfonso de Guzman.

De Juan de Pasamontes, (el Santo Niño de la Guardia).

De Santo Domingo de Val.

De San Simeon.

De Eduardo V de Inglaterra y Ricardo, Duque de York.

De Don Miguel de Omaña.

De Juan Paez.

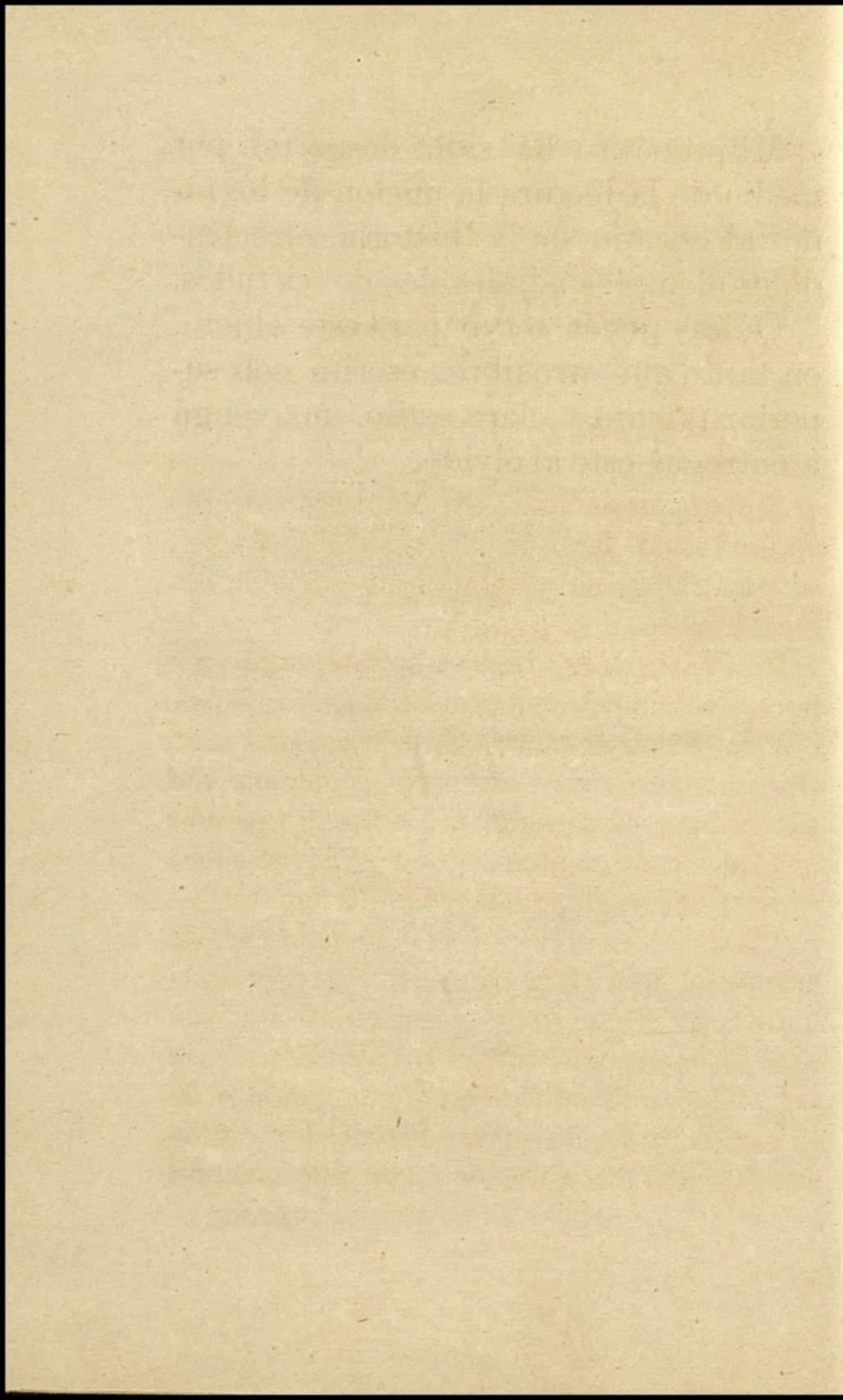
De Luis XVII.

De Don José de Utrera y Cadenas.

De las trece vidas, ocho son de niños célebres españoles, y de las ocho, tres de hijos de Cádiz, y uno de una ciudad de su provincia. Nada se halla en este librito que se asemeje á las tres obras extranjeras arriba citadas.

Mi propósito ha sido despertar por medio de la lectura la afición de los niños al estudio de la historia, ofreciéndoles ejemplos admirables de virtudes.

Quizás pueda servir para este objeto, en tanto que otro libro, escrito con superior talento y claro estilo, no venga á entregar este al olvido.



GORDIANO III.

I.

Emperador de Roma era Maximino, oriundo de Tracia, feroz tirano cuanto podia ser, odiado del pueblo y del ejército y temido como odiado.

Una parte de las tropas que mantenian por Roma las ciudades africanas, dá el grito de guerra y muerte contra el tirano. Busca un emperador apto por su valor y prudencia para contrastar á Maximino, y á propósito por sus bondades para excitar el amor de los pueblos, y no halla un emperador sino dos emperadores: Marco Antonio Gordiano, descendiente de la familia de los Gracos por su padre y de la familia de Trajano por la rama materna, varon de cuantiosas riquezas, poseedor de la casa del gran Pompeyo en Roma, morada de su persona y de los suyos, historiador y filósofo, Cónsul dos veces, si bien renunció tal

dignidad la postrera, trocándola por el proconsulado en Africa, que ejerció con generosidad con desinterés y con amor á la justicia y en edad bastante anciana. Tal es el uno de los emperadores: el otro es su hijo y su lugarteniente. Aunque no de la severidad de costumbres del padre, ama las letras y las cultiva, y tiene justamente la reputacion de hábil jurisconsulto, de hombre de Estado y de honradez intachable, y aun de valor, aunque no probado.

Ambos Gordianos se ven aclamados emperadores. Dudan en aceptar la dignidad, instan las tropas, suplica el pueblo, y al fin ceden padre é hijo, no por ambicion, sino por salvar la patria. Visten la púrpura: escriben respetuosamente al Senado. Todo es regocijo en Roma ante las nuevas. Senado, pueblo y guardias pretorianas reconocen á los nuevos emperadores: proclámase solemnemente su advenimiento al trono; las estátuas de Maximino son derribadas y sumergidas en lugares inmundos; las provincias de Italia responden á la alegría de Roma con víctores á los Gordianos. Tiembla no de temor, sino de ira el feroz Maximino: jura en su venganza el exterminio del vecindario de Roma y el castigo de las provincias y llama á sí tropas, junta

viveres, allega instrumentos de guerra. Todo le parece poco en su sanguinaria demencia.

Pero en tanto Capeliano, general de Maximino, que ocupa una parte del Africa, revuelve inopinadamente sobre la ciudad de Cartago, donde los nuevos y queridos Césares moran procurando afirmar un poder hasta entonces tan débil en sus manos. Numeroso es el vecindario de Cartago, numeroso; pero afeeminado por los placeres; solo acostumbrado á los clamores y las luchas del circo. Nunca vió el resplandor de las armas, nunca oyó su estruendo en la pelea, sino el fulgor de los dorados vasos, y su choque en los deliciosos banquetes.

Aterrados quedan los Gordianos con las nuevas, mas afligidos de la sorpresa que del temor. Con mal aguerrida y pequeña hueste, Gordiano el jóven sale de Cartago á detener los pasos al audaz enemigo, y perece en una ligera lucha en que pocos se muestran esforzados. Preséntase el vencedor ante los muros de la ciudad: la cobardía le abre las puertas; llega parte de sus huestes á las de palacio, y Gordiano el padre se libra de la espada enemiga en su desesperacion por medio del suicidio á la edad de 80 años, habiendo impera-

do tan solo seis semanas. Así el imperio queda abandonado al furor de Maximino.

Respira este al saber la noticia, y respira no tanto por la muerte de los dos electos emperadores, á quienes mas despreciaba que temia, por no considerarlos hombres de guerra, sino porque habia empezado á ver contra sí el ódio en el ánimo de muchos soldados y porque los murmullos de la malquerencia de estos no dejaban de llegar hasta su tienda imperial llevados por la adulacion ó por la lealtad, si es que á Maximino habia quien la guardase.—En el silencio de la noche parecia que el Emperador pronunciaba con mas vehemencia que solia y mezclado en su acento el mas cordial regocijo: ¡Ay de tí, Roma!

Y llegadas las nuevas de entrambas muertes á la capital del mundo, no se sabe si mas domina los ánimos el dolor ó el miedo, si las lágrimas son por los Gordianos ó por la esperada venganza de Maximino contra quien ya la Italia se contempla inerme. Vagan á la luz del mediodía los ciudadanos, y los guardias del Pretorio, y no se oye mas acento que aquel tan triste ¿y qué será de Roma? Roma desventurada, ¡ay de tí!

No tal acontece en el Senado, que en pre-

sencia del público pesar y del peligro delibera sin pérdida de tiempo acerca de la salvación de la patria. Por acuerdo unánime ó mas bien entusiasta aclamacion son electos emperadores Marco Clodio Pupieno Máximo y Celio Balbino, el uno práctico en las cosas de guerra y de ánimo valeroso y prudente; el otro varon consular, rico, generoso y experto en la gobernacion del Estado.

«Pupieno y Balbino Césares!» claman los senadores con regocijo á las puertas del Capitolio. «Pupieno y Balbino Césares» repiten la parte de pueblo y los pretorianos allí presentes, pero con encontrados afectos. Corre por la ciudad instantáneamente la noticia. El dolor por la pérdida de los Gordianos se renueva en unos, al ver el injusto olvido del Senado para con una familia tan querida cuanto desdichada. Temen otros ó aparentan temer la severidad cierta ó entonces inventada de Pupieno. Desprecian la falta de energía que suponen en Balbino. Hablan, discurren prestamente por las vias una parte de pueblo y los pretorianos: al acaloramiento en el decir sucede la ira para ejecutar. «No, no serán Pupieno y Balbino Emperadores,» es el clamor general. Existe un descendiente de los

Gordianos: claman una y otra voz. «Ese y no otro sea el César.» «Impídense entrar en el palacio á los que el Senado ha elejido;» dice uno del pueblo. Y este, deshalado corre á las puertas del augusto edificio, cuyos contornos hasta el punto aquel se hallaban en soledad tris-tísima. Aun no han llegado los Emperadores: el pueblo espera y sus voces y murmurar hor-rendo retumban en las bóvedas de la mansion de los Césares. Mas hé aquí que á todo correr y sin aliento apenas, vienen varios soldados, varios ciudadanos vienen. El pueblo se con-mueve: ansía por oír las nuevas, que los con-ducen á aquel sitio, y su impaciencia misma, y sus gritos para reclamar silencio, prolon-gan contra su deseo el instante de escuchar, el momento de saber lo que mas quieren. «Ca-llad, callad,» claman los recién venidos: «los mal electos emperadores dan gracias por la dignidad recibida á Júpiter en el Capitolio. No perdais tiempo, venid, venid, seguidnos.» Y corre el pueblo con doblada furia, unos al paso se arman con palos, otros con piedras, todos con los instrumentos que el acaso les ofrece y que acoge la desesperacion con fre-nética alegría. Llegan al Capitolio; cerradas están las puertas, prevenidos los senadores,

suspensos los sacrificios. Lanza el pueblo piedras contra los muros: venganza y ofensa inútiles; comienza á batir las puertas; pero ni los Césares, ni los senadores temen el tumulto, antes bien esperan y hasta confían fácilmente reprimirlo. Intentan Pupieno y Balbino descender del Capitolio y dirigirse al palacio imperial, rodeados de muchos senadores y caballeros, de gran número de soldados fieles, resueltos á la defensa, prontos al castigo de los sediciosos. Mas todo es en vano. La multitud se acrecienta por instantes: la furia popular mas y mas crece: muchos soldados pretorianos, aguerridos y feroces animan á los del pueblo. Espantosa es ya la sedicion. Asorda el aire el clamor de la muchedumbre y aterra á los Césares, y á sus defensores. Otra guerra civil va á nacer en las vias de Roma, al pié mismo del Capitolio; y en tanto el terrible Maximino se adelanta hácia Italia con sus huestes.

«No queremos Emperadores, sino de la sangre de los Gordianoñ.» «Un Gordiano Emperador» son los gritos mas constantes de la tenaz multitud.

Retroceden al Capitolio Pupieno y Balbino: júntanse los senadores, consideran el peligro

los Césares, y comienzan á temer por sí. Es preciso ceder por la salvacion de la patria; pero ceder con honra y sin anular la eleccion, sin despojar afrentosa é injustamente de la dignidad imperial á dos varones tan ilustres, esperanza única de Roma para los prudentes.

Recuérdase por los senadores que hay un Gordiano dentro de los muros de la ciudad. Es un niño de poco mas de once años. Mas esto ¿qué importa? Preciso es contentar al pueblo, vencerlo con un ardid ya que la fuerza parece y aun es imposible en tal exaltacion y con tanta muchedumbre apasionada y animosa. Dicen unos que Gordiano es hijo del segundo César de este nombre: otros, á quienes suelen prestar mas fe los historiadores, aseguran que era nieto de Gordiano el padre, habido en su hija Faustina y en Junio Balbo.

Corren varios soldados á cumplir súbitamente las órdenes del Senado, que disponen la presentacion inmediata del niño Gordiano en el Capitolio. Llegan á su morada y encuentran al futuro César jugando descuidadamente con otros niños. Explican agitada y torpemente el objeto de su venida á la madre, la cual aunque mal lo comprende, con todo,

el amor materno y la esperanza de un trono para su hijo pueden al fin en su ánimo mas que el temor de la horrenda sedicion. ¿Qué puede temer de ella un niño de once años, cuyo nombre es el acento anheloso de la muchedumbre, y el solo que puede calmar á Roma? Entrega al hijo con lágrimas en los ojos: y ya en brazos de uno de los soldados lo torna á besar y á oprimir cariñosamente contra el regazo materno.

Sobre los hombros de un soldado corpulento pasa por medio de la muchedumbre el niño Gordiano, y la muchedumbre que mal apaciguada con la nueva de la resolución del Senado, duda, teme y espera, no bien la presencia del descendiente de sus malogrados Césares, le demuestra la sinceridad con que el Senado procede, trueca el recelo en confianza, el ya entibiado furor acaba de desvanecerse y al olvido de la elección de Pupieno y Balbino sucede la impaciencia por ver proclamar Emperador al objeto de sus clamores, y la alegría mas espontánea se manifiesta en la expresión de los semblantes y en los acentos de los que aplauden, cuando los acababan de proferir de muerte. Las manos que arrojaban piedras al sumo templo consagrado á Júpiter

momentos antes, ahora dirijen yerbas olorosas y flores sobre el cuerpo de Gordiano para saludar cariñosamente al nuevo César, antes de haber sido proclamado.

Gordiano, en tanto, lucha con el asombro y con cierto pavor ante tan imponente muchedumbre que con tales demostraciones le manifiesta su amor: otras veces aparece en su semblante la expresion de una dudosa alegría, como aquel que mal comprende aquellas muestras de tan caloroso é inesperado afecto.

Llegan los soldados al Capitolio y entregan al niño al Senado que impacientemente aguarda, y que temia no se apoderase el pueblo de su persona y fortalecido con su nombre pasase á mayores desmanes, creyéndose señor absoluto de Roma.

Ya en el Capitolio Gordiano, es declarado César por el Senado, reconocido por Pupieno y Balbino como compañero en la dignidad, ornado con la diadema y púrpura imperiales, y presentado al pueblo. Este satisfecho con ver electo César á Gordiano, y sin atender á que por el instante tal nombramiento es ilusorio, por no hallarse el nuevo y deseado Emperador en edad de gobernar la república, deja que

tranquilos pasen al palacio Pupieno y Balbino y respetuosamente les abre camino cual si no hubiesen menospreciado pocas horas antes su dignidad. Así vuelve la paz á Roma y desaparece el dolor por la pérdida de los Gordianos y torna á renacer la esperanza de vencer á Maximino, al considerar que Pupieno tan acreditado como hombre de guerra se prepara á salir al encuentro del enemigo público con fuerzas numerosas. Balbino queda con el gobierno en Roma, y con el cuidado de remitir auxilios de todo género á su compañero para salvar del tirano la patria. Y la inútil autoridad de Gordiano se ocupa en jugar tranquilamente, cual si no hubiese un temible enemigo que la amenazase, y su exaltación al imperio hubiese sido un juego mas, en que tomaron parte hombres en vez de niños. Y el pueblo de Roma sigue por muchos dias satisfecho, pacífico, alegre y confiado.

II.

La confianza, la alegría, la paz y la satisfacción permanecen en Roma, pero tan solo en la apariencia, despues de aquel horrendo motin en que todos creyeron haber logrado sus deseos. Mas al renacer la calma, los unos se creen humillados al recordar que por la violencia habian aceptado á un niño por Emperador: los otros consideran que cuando no querian á los dos Césares elegidos, estos y no el que pedian eran verdaderamente los Emperadores.

Ocultamente armados van los senadores siempre al Capitolio, ocultamente armados por donde quiera, y así tambien los caballeros. Pupieno, al partir para la guerra contra el enemigo comun, habia dejado en Roma una gran parte de los soldados pretorianos, entre ellos algunos de los mas aguerridos, á fin tal vez de no dejar indefensa la ciudad en un caso adverso. Pero el descontento de estas tropas y la mal querencia para con los dos Emperadores no están ocultos en sus pechos; antes bien, públicamente se jactan de menos-

preciarlos así como al Senado, que les habia arrebatado el derecho de elegir Césares, elección que la costumbre que hicieron nacer el poderío de las armas y su insolencia sobre la general cobardía é indiferencia del pueblo, les habia dado en el espacio de dos siglos.

Cierto dia celebra sesion el Senado para tratar asuntos importantes de la guerra. Dos ó tres, ó algunos mas pretorianos sin armas ó por curiosidad, ó por arrogante desden se acercan, como para oír mejor las deliberaciones, al ara de la Victoria, muy inmediato á los asientos senatoriales. Dos de los padres de la patria, Galicano y Mecenas se arman de indignacion, y arrebatando los puñales que llevan escondidos bajo su manto, caen sobre los soldados impetuosamente y los dejan muertos á sus piés. Los otros soldados perseguidos é inermes huyen del edificio. Galicano sale del palacio y mostrando el ensangrentado puñal á los del pueblo que por el foro discurre, les grita que dos espías de Maximino acaban de perecer á los golpes de aquel acero, que todos los pretorianos son sus cómplices y que es necesario proceder á su exterminio. Los que del Senado habian huido, son acosados por las vias á los gritos espantosos de la muchedumbre;

pero al cabo logran salvarse en el alojamiento que fuera de la ciudad tienen.

Poseído de furor cada vez mas creciente Galicano, excita al pueblo á acometer el campo fortificado de los pretorianos. La multitud se arma en los arsenales; los gladiadores la siguen, y Galicano dirige á todos al campamento sin mas orden que la confusión, sin mas disciplina que el tumulto, sin mas pensamiento que el arrebató de la ira, y sin mas justificacion que una repentina é infundada sospecha. Los pretorianos fácilmente resisten la acometida en sus trincheras, por mas que la sorpresa del suceso y lo imponente de la muchedumbre al pronto les inspirase pavor y creyesen desfavorable el suceso de la pelea. Cansada de esta la muchedumbre viendo que el valor y la destreza y la fortificacion se oponen á su mal apercebido y peor gobernado denuedo, haciendo por el instante aquel la empresa inútil, comienza á retirarse ante la contrariedad de los pretorianos, pero jurando volver con mas concierto y disposicion mayor para castigar á los osados enemigos. Aquí los pretorianos, conociendo la flaqueza de la muchedumbre de los suyos, convierten animados por la experiencia, el temor prime-

ro en denuedo ferocísimo, y quieren ser los que castiguen la soberbia popular y no los castigados. Salen de sus alojamientos con órden y precipitacion: caen sobre el pueblo armado, hieren, destrozan, y exterminan cuanto pueden en aquella dispersa y espantada turba y tornan al campamento, que se ocupan al punto en fortificar mas aun, prefiriendo esta tarea á la curacion de las heridas, porque en ellas por graves que sean, no ven el mayor peligro ante el conflicto que esperan.

La irritacion de la ciudad acrece. Los amigos y las familias de los que perecieron en el combate, exhortan á la venganza: el Senado se indigna y se pone de parte del pueblo. Balbino, en tal confusion, publica edictos desde su palacio; en uno exhorta al pueblo á la paz, en otro otorga á los soldados ámplia amnistía. Ni exhortaciones ni mercedes del Emperador pueden hacer que las armas se depongan. El furor de los unos y los otros no puede oír mas edicto que el decreto de exterminio del contrario bando.

Los del pueblo, viendo que las sucesivas acometidas al campamento, mas son en pérdida de ellos mismos que de sus enemigos, cortan las aguas que los aprovisionaban. La

sed incita mas la desesperacion de los pretorianos: salen de nuevo; combaten sí, pero no con la anterior facilidad.

Resístenles los ciudadanos: dura indecisa la lid, y al cabo, estos se retiran. Los soldados los persiguen dentro de las vias de la ciudad; pero allí el continuar la pelea es para estos imposible; porque las tejas y las piedras, lanzadas en multitud por grandes y pequeños, por hombres y mujeres desde todas las casas, los debilitan al fin, los amedrentan y los obligan á abandonar los principios de una importantísima victoria. Y no se retiran sin responder á la ofensa de la pérdida del agua para su campamento; pues pasan á incendiar algunas casas de que se han apoderado. El viento impetuoso aquel dia sin duda aviva el incendio, que corre con espantable rapidez de unos edificios á otros, sin que haya fuerzas bastantes á detenerlo. Uno de los mas ricos y hermosos barrios de Roma es reducido á escombros y cenizas en contadas horas de angustias, mientras que los pretorianos desde las trincheras de su campamento contemplan y celebran la violencia de las llamas y la intensidad del humo que hacia oscurecer la luz del sol.

Balbino, en vista de tantos peligros y de la irritacion de los ánimos, deja el palacio al fin, y se presenta al pueblo para conmoverlo por medio de sus palabras á la paz, reservándose hacer otro tanto con los pretorianos. No se le escucha por la furia popular: resuenan por todas partes voces, unas de desprecio, otras de indignacion; y la indignacion ó el desprecio hieren al César con una piedra dirigida por certera mano, ó con el golpe de un palo que alguno mas atrevido esgrime con mortal intento.

Qué hacer en tal peligro y en trastorno tanto? Calmar el tumulto y el ódio de ambas partes por medio de la presencia del niño Gordiano, como ante ella depusieron las armas los sediciosos en otro tiempo.

Gordiano, vestido con la púrpura imperial, colocado en hombros de una persona de gran corpulencia, y con los honores cesáreos, es llevado al sitio donde mas enérgica aparece la furia de los ciudadanos. La belleza y la dulzura del semblante del niño, y el respeto que inspira su nombre ilustre, hacen que el pueblo rompa en aclamaciones y que se logre lo que no pudieron alcanzar los edictos y los ruegos del Emperador Balbino.

Los pretorianos, acallada la furia popular, y lisongeados con la presencia del César niño, objeto de su cariñosa predilección abandonan sus bélicas, forzosas y vengativa, resoluciones. Segunda vez la paz nace en Roma por Gordiano.

III.

Maximino, entretanto, ya con su ejército cerca á Aquileya. Resiste la ciudad y él determina asaltarla: pero antes jura pasar á cuchillo á todos sus habitantes. Estos pelean obstinadamente como que saben que no defienden á un partido sino sus vidas y las de su familia. La desesperacion redobla su esfuerzo, y la desesperacion tambien por su impotencia en Maximino redobla el encono. Lo vuelve al fin contra los soldados, denostándolos de cobardes una y otra vez, y desde este punto, los enemigos ya no están solos tras los muros de Aquileya, sino en el campo mismo de Maximino. Los pretorianos forman una conjuracion contra su vida y la de su hijo; aprovechan la ocasion en que las demás tropas, fieles al tirano, han salido á recrearse fuera de los alojamientos, y acuden tumultuariamente á la tienda del soberbio Maximino, cuya vida arrebatán al par de

la de su sucesor. Las cabezas de ambos son llevadas al campamento de Pupieno y presentadas al Emperador, quien las envía á Roma como prendas de la paz anhelada y ofrecida.

El regocijo es unánime en la ciudad: celébrase con pompa inusitada la muerte del tirano: las cabezas del padre y del hijo están expuestas en los Rostros para satisfacción del pueblo, y á su presencia son reducidas á cenizas.

Torna á Roma Pupieno y su entrada es triunfal. Solemnemente salen á recibirlo fuera de los muros el Emperador Balbino, el César niño, el Senado y un gran número de caballeros y muchedumbre de la alborozada plebe. Pero no es igual el regocijo de los soldados, pues apesar de la amnistía y de promesas de donativos, sufren malamente que dos Emperadores, no aclamados por ellos, gobiernen, y triunfen y logren aplausos que suenan á vituperios en sus oídos. Refrenan, sin embargo, su ira y callan y esperan.

No corre mucho tiempo sin que se descubran entre los dos Emperadores ciertos celos, que pasan á mal simulado y mútuo menosprecio, siendo todo en realidad deseo de

obtener cada uno á solas el imperio, ya sin enemigos.

Cierto dia en que el pueblo ha acudido á unos juegos públicos, salen improvisamente de su alojamiento los soldados que odiaban á los Emperadores: sin resistencia se apoderan de ellos, los sacan despojados de las insignias imperiales, los maltratan y escarnecen con las mayores crueldades, hasta que cansados de ofenderlos con toda clase de sufrimientos y recelosos de que puedan ser libertados por tropas fieles, acaban con sus vidas, y en el instante mismo proclaman Emperador único al niño Gordiano. Lo trasladan á su campamento como prenda de impunidad y de amenaza.

Senado y pueblo, consternados por una parte en presencia de un hecho tan horrible, y del atrevimiento de los pretorianos, y por otra respetando en el niño Gordiano la memoria de sus progenitores y lo tierno de su edad, aceptan gustosa ó involuntariamente al único César proclamado. Con presagios sinie-tros para aquel tiempo, toma Gordiano posesion de su dignidad y de la del Consulado que igualmente le fué conferida. Un eclipse de sol, tan grande que deja casi como en la

oscuridad de la noche á Roma, turba los regocijos públicos. Las calles de la ciudad son alumbradas con hachas para poder transitar por ellas; y en medio de tal pavor no dejan tropa y pueblo de saludar con el nombre de hijo y de esperanza y alegría de la patria al descendiente de los desgraciados Gordianos.

IV.

Empieza á los trece años su gobierno el Emperador, de todos amado por las simpatías que despiertan su hermosura, su apacible carácter, su vehemente y bien regida afición á las letras. Pero ministros avaros y palaciegos infieles abusan de su inexperiencia y lo dirigen en la gobernacion del Estado por peligrosos senderos. Quedan sin recompensa los servicios; véndese la justicia ó la concede el capricho; la perversidad ocupa el puesto de los beneméritos; las riquezas se ostentan en las moradas de los falsos amigos del príncipe y el tesoro imperial está exhausto para las necesidades públicas.

Educado discretamente por su madre Metia Faustina, esta sin embargo, ó no puede vencer las dificultades que tantas circunstancias extraordinarias han puesto á la libertad de accion de un Emperador de tan tierna edad ó se deja engañar de apariencias de celosa lealtad en los Ministros y áulicos.

Mas tal manera de gobierno desaparece

muy pronto. Gordiano, inclinado al bien, elige por Ministro á un muy sábio y elocuentísimo griego llamado Misiteo, y por esposa á su hija Furia Sabina Tranquilina, de gran belleza, de no menor discrecion y de excelentes virtudes.

Misiteo corrige todos los abusos: dicta disposiciones de utilidad y tantas que el Senado le concede su aprobacion, con gloriosísimas alabanzas. Dá cuenta de todo á Gordiano, lamentándose de la iniquidad de los que le han precedido en los cargos de Ministro y Prefecto del Pretorio. Consérvase la respuesta del jóven Emperador, respuesta digna de inmortal aplauso: «Infeliz es el príncipe á quien se calla la verdad. Él no puede discurrir en sitios públicos y por tanto, necesita que le digan y no tiene medios para confirmar la verdad de lo que le han dicho.»

Momentáneamente se turba la paz en sus estados. En Africa Sabiniano se rebela con designio de aspirar á la púrpura, designio que se puede llamar antes sofocado que emprendido. Perece el caudillo de la sedicion en el primer combate, y Gordiano ordena que sean tratados generosamente los vencidos, y que la dulzura del perdon apague los restos



de la mal encendida hoguera de una guerra civil. Pero ya las de una extraña empiezan á abrasar las fronteras del imperio, y á incitar el generoso ánimo del jóven César para dejar á salvo el honor romano. Con presteza oportuna preparase todo para combatir al enemigo. Sapor, rey de Persia se adelanta con numerosa hueste, regida ardidamente por su juvenil y emprendedor esfuerzo: ya penetra en Mesopotamia; ya se apodera de una importante ciudad; ya rinde otra mayor, ya recorre como señor absoluto y victorioso los campos de aquel país; ya pasa adelante y pone sitio á la populosa Antioquía con la esperanza soberbia de enflaquecer á su aguerrida guarnicion y á su pueblo, bélicamente animado por el ódio á los invasores. Abre el Emperador solemnemente las puertas del templo de Jano, en señal de publicacion de guerra, y con ejército potente y apercebido, camina á donde el peligro de su corona le llama. Su suegro Misiteo va en su compañía. Atraviesa la Grecia y el estrecho, llega á Siria, empieza vivamente la campaña, decae en un punto la animosidad de Sapor y de sus huestes; huye y en la huida abandona las ciudades de que se habia apo-

derado. No las entrega al saqueo, contentándose con retirar sus guarniciones sin contradicción y aquiescencia de los pueblos, y hasta envia á los de Edesa todas cuantas riquezas hubo ganado en Siria para comprar de esta suerte la libertad de la huida. Síguele Gordiano, pasa trás él el Eufrates, desbarata su hueste con el mas sangriento estrago cerca de Resena, recupera todas las ciudades de Mesopotamia, y confia en penetrar á la siguiente campaña en los estados Persas y ocupar la corte misma de sus reyes.

Así lo dice al Senado, y con franqueza no menos admirable que honrosa atribuye la felicidad de toda aquella jornada á la sabiduría de Misiteo.

Decreta el Senado el triunfo para el Emperador y para su suegro, y que el carro en que aquel entre gloriosamente en Roma sea tirado por cuatro elefantes para recuerdo de que son orientales los vencidos: cuatro caballos tirarán del carro triunfal de Misiteo, en cuyo honor se graba una inscripcion que le apellida *Padre del César y tutor de la república*.

Presto la muerte acaba con la ventura de esta familia. Espira Misiteo al poco tiempo,

legando sus bienes todos á Roma, y espira sin sospechas de veneno entonces; pero sí mas tarde cuando los sucesos dan á conocer infaustamente al árabe Junio Filippo. Gordiano, por la reputacion que éste tiene en las armas, lo nombra Prefecto del Pretorio, y Filippo al ocupar su silla, pone su secreta mirada en el sôlio del Emperador, considerando menosprecio de su persona servir bajo las órdenes de un mancebo imberbe, á quien considera por su edad indigno de ceñir la diadema de los Césares.

Lleva el ejército contra los Persas por las incultas llanuras de Mesopotamia, en tanto que por órdenes pérfidas, sigilosamente expedidas, dispone que los bajeles, que traen víveres para sus tropas, se dirijan á distantes puertos.

Bien presto la escasez se siente en el campo de Gordiano: á la escasez sucede el hambre, al hambre la murmuracion de la soldadesca, á la murmuracion el artificio de los agentes de Filippo que atribuyen toda la presente desdicha á la impericia de un César niño. Tras semejante ardid, levántase prepotente la voz de que la necesidad exige que mande el ejército quien dé á todos con su

nombre y con su historia prendas de Emperador verdadero. Filipo es por todas partes aclamado: Gordiano y los que le son leales todavía pugnan vanamente por enfrenar ó desvanecer el tumulto. Los soldados no despojan de la dignidad á Gordiano, y se dan por satisfechos con que Filipo sea emperador tambien y supla con su valor y práctica en las cosas de guerra la inexperiencia del príncipe. Acepta mal contento Filipo la compañía en el sόlio, pero simula sus propόsitos en tal hora. Y ya que el motin no terminó en la muerte de Gordiano, resuelve á sus solas para no lejano dia que el dividido imperio acabe con lo que no logró el militar tumulto.

Roma y las provincias aman con entusiasma amor al jόven César: ámanle los mismos que á Filipo han aclamado Emperador: luego que fenezca la artificiosa hambre que ha invadido el campamento, pueden los soldados por la inconstancia propia del corazon humano, volver sobre sí y desechar del imperio al que sin saber ellos cómo han elevado hasta la dignidad Cesárea en un instante de exaltacion promovida por la mas aflictiva de las necesidades. Compárase Filipo con Gordiano, y ve en él lo que los demás: ascenden-

cia ilustre, tierna edad, simpática presencia, dulzura con todos y para todo, y al tornar los ojos á sí, recela que se acuerden de su facineroso origen, pues su padre fué capitán de bandoleros, y mas se contempla aborrecido que amado por los que militan y han militado bajo sus severísimas órdenes, ásperamente dictadas, y temerosa cuanto forzosamente obedecidas.

La ponzoña ó el dogal facilitan ocultamente á la ambición de Filipo el sosiego anhelado en la posesión única del trono. Gordiano espira en medio del general sentimiento, y el asombro del ejército señala sin tumulto y solo con recatadas voces el nombre del matador.

Cuéntase la inverosímil historia de que Gordiano, deseoso de libertarse de la opresión de su compañero en el imperio, juntó á los soldados, y acusó de ingrato, y villanamente soberbio contra su augusta persona, á Filipo; pero que las tropas respondieron con el desprecio á sus quejas y con la risa á sus lágrimas: que el César solicitó continuar en el trono en compañía de su opresor y que los soldados se negaron á sus ruegos: que pidió como merced el título y nada mas que el título de César, y luego con el mismo suceso

el cargo de Prefecto del Pretorio ó al menos la seguridad de su vida, la cual le fué arrebatada de órden de su enemigo. Pero todo este hecho solemnemente se halla desmentido por los sucesos posteriores.

Apenas Gordiano lanza el postrer suspiro, Filipo honra exageradamente su memoria: solemnísimos funerales le dedica con su ejército: sus cenizas son enviadas á Roma: el mismo Filipo escribe al Senado que el Emperador ha perecido á los rigores de una enfermedad: deja que se levanten estátuas en recuerdo de sus virtudes, que las inscripciones las proclamen para su gloria, y que el Senado decreta colocar en el número de los dioses al príncipe.

Si pública é ignominiosamente Filipo hubiese despojado de la dignidad y de la vida á Gordiano, ¿cómo podia consentir elogios y memorias tales que eran en oprobio de su nombre y solemnes y autorizados ultrajes á sí mismo cuando ocupaba el sólio?

Tan desgraciado fin tuvo Gordiano III, habiendo sido impensadamente llevado al sólio imperial, por un tumulto que lo arrebató de sus juegos infantiles y de la casa materna para pasar por tantas vicisitudes, para ser ob-

jeto de paz en los disturbios de Roma, para gozar instantáneas y mundanales glorias y acabar violentamente su vida á la edad de diez y nueve años por una dignidad que no habia pretendido.

Los soldados de su ejército, en desagravio de su memoria, le erigieron un cenotafio con una inscripcion que decia: «Al divino Gordiano vencedor de los Persas, vencedor de los Godos, vencedor de los Sármatas, pacificador de las sediciones romanas, vencedor de los Germanos, pero no vencedor de Filipo.»

Ni aun esta inscripcion permaneció muchos años. El Emperador Licinio, que se decia descendiente de Filipo, mandó destruirla, neciamente imaginando salvar así de la infamia ante la posteridad el nombre de su progenitor.

SAN JUSTO Y SAN PASTOR.

Dos tiernos niños educados en la fe de Cristo moran en Alcalá de Henares. Cuenta siete años de edad Justo; Pastor nueve.

Un dia con gran estruendo penetra en la poblacion el presidente Daciano: manda pregonar edictos contra los que profesan la ley de Jesus. Son las órdenes del alto y poderoso Emperador Diocleciano.

Justo y Pastor se hallan en la escuela, á tiempo que oyen la publicacion de los edictos, precedida de los sonos de las trompetas y acompañada de los gritos de la alborozada muchedumbre gentílica, á par del Emperador, enemiga del nombre cristiano.

Ardiendo en santo celo y en desprecio de las amenazas de los edictos, apartan las cartillas, dejan la escuela, corren á la casa del presidente, resueltos al martirio, dicen á los soldados su intento, avisan estos á Daciano

que dos niños vienen confesando á Cristo y quieren padecer por su gloria los tormentos y la muerte. Indígnase Daciano ante novedad tan extraña, y en altas y temerosas voces ordena que instantáneamente sean uno y otro azotados con varas.

«Ya es tiempo de padecer, exclaman, las temporales penas del cuerpo para gozar de la venidera alegría con los ángeles:» palabras sagradas que la Iglesia repite anualmente en sus himnos.

No vence la constancia de los niños la crueldad de los azotes. Auméntase el furor de Daciano ante tal ejemplo de fortaleza en tan débiles cuerpos, con mengua de su poder, y escribe al punto la sentencia de que uno y otro perezcan degollados.

Los ministros de las iras del Presidente llevan á Justo y á Pastor á otro sitio distante en un campo llamado *Laudable*. Derriban sin compasion y prestamente sus cabezas al filo de las espadas: hacen de este modo que en los labios de ambos niños expire el dulce nombre de Jesus: y que se repita en las almas de muchos de los que presencian tanta fuerza de ánimo, admirando y reconociendo en tal manera, el poder de la verdad que de los mas prepo-

tentes convierte en vencedores á los mas débiles.

Con la muerte de Justo y de Pastor no caen dominados por el terror los flacos, ni dudan los fuertes, ni vuelven atrás los animosos. Al contrario, mas firmes continúan en la fe de Jesucristo ante el ejemplo de constancia que les habian dado aquellos inocentes cuanto valerosos niños.

Su muerte fué llorada el dia 6 de Agosto por los años de 307. En la Iglesia Colegial de Alcalá de Henares sus reliquias están veneradas; y allí se conserva la piedra en que dieron sus espíritus al Señor.

D. PEDRO ALFONSO DE GUZMAN.

El Rey D. Alfonso X recibió de manos de D. Alonso Perez de Guzman en Sevilla, sesenta mil doblas de oro en 1282. Era un préstamo que le traia del Rey de Marruecos Aben Jucef, para atender á las necesidades públicas y enfrenar la rebelion de varios señores y del príncipe D. Sancho su hijo.

Merced de la villa de Alcalá de los Gazules hizo el monarca á tan leal caballero, en prenda de gratitud, y le dió en casamiento á la nobilísima quanto hermosa doncella doña María Alonso Coronel. Recien desposado don Alonso pasó con doña María al Africa á visitar á su amigo Aben Jucef y á proseguir en su servicio con otros magnates y soldados. El invierno de 1283 moraban ambos consortes en Algeciras, ciudad entonces de moros. En el siguiente mes de Abril, cuando eran dos los años que contaban de casados, dió doña María Alonso á luz un niño. Bautizóse en una

antigua Iglesia que en Algeciras tenían los cristianos allí vecinos, y recibió los nombres de Pedro, por su abuelo don Pedro de Guzman, Señor de Toral, y el de Alfonso por su padre.

Solemnizóse el nacimiento con regocijos públicos de orden del Rey Aben Jucef, tan amigo y apreciador de D. Alonso Perez de Guzman, y á mas donó á este una cantidad de doblas de oro á fin de que magníficamente fuera tal niño criado.

Muerto Aben Jucef, dejó el servicio del monarca marroquí D. Alonso Perez de Guzman. El hijo Aben Jacob dominado por su natural guerrero y adverso al nombre cristiano, no ofrecia seguridad alguna de que las treguas con el Rey de Castilla, que era entonces don Sancho el Bravo, se prosiguiesen con la fidelidad pasada. D. Alonso Perez de Guzman ofreció á D. Sancho su espada con mas ambicion de gloria que de premios. Hallóse en la toma de Tarifa. Seis meses duró el cerco; demostró allí nuevamente la fuerza de su constancia, el poder de su valor. El 20 de Setiembre de 1292 tremoló sobre las almenas de la villa el pendon castellano.

Confiada fué la custodia de Tarifa por término de un año, al Maestre de Calatrava. Fe-

necido el plazo, D. Alonso Perez de Guzman, obtuvo la Alcaidía de esta fortaleza. Aben Jacob, deseoso de recuperarla y de haber prisionero á D. Alonso, en venganza del abandono de su servicio, puso á las órdenes del infante D. Juan, enemigo declarado del Rey D. Sancho, un ejército de cinco mil ginetes.

Asiéntase el cerco, opónese una perseverante resistencia, ofrecen tesoros al Alcaide en cambio de su deslealtad, recházanse con indignacion, vuélvense á nuevos combates: mayor es la defensa, constante el desprecio de los peligros, y siempre el estandarte de Castilla ondeando con seguridad sobre las almenas de Tarifa.

El infante D. Juan tiene en su campamento á D. Peralfonso de Guzman, el hijo mayor del Alcaide, niño de edad de diez años. El mismo D. Alonso Perez lo habia confiado al infante para que lo llevase al Rey D. Dionis de Portugal. Este lo habia pedido con objeto de criarlo en su propio palacio por ser deudo suyo. El niño era primo hermano de la Reina doña Beatriz de Guzman, madre del monarca portugués.

Un dia en el instante de sentarse á la mesa

Guzman para comer en compañía de su esposa, una llamada del campo enemigo le obliga á abandonarla. Acude al adarve; el infante D. Juan se pone cerca de los muros; lleva consigo al niño Peralfonso, rodeado de veinte moros que lo cercan, al pié de la torre. «¿Conoceis, dice, á este muchacho que aquí está á par de mí atado, que es D. Peralfonso de Guzman, vuestro hijo mayor y el mas amado y querido vuestro, que me disteis para que os lo llevase al Rey de Portugal D. Dionis?

Comienza á llorar D. Peralfonso á la vista del padre, rogándole que lo lleve dentro de Tarifa, pues aquellos moros quieren darle muerte.

«Qué es lo que me quereis hablar, dice don Alonso al infante D. Juan y á los que lo siguen.—Que me entregueis esta villa de Tarifa, responde, de la cual me ha hecho merced el Rey Aben Jacob mi señor, hoy en todo el dia; y si no la poneis en mi poder, os mataré sin piedad á vuestro hijo.»

Hiela hondo terror los ánimos de los soldados que coronan las almenas.

«En vano te fatigas, replica Guzman, para que olvide la lealtad que debo á mi Rey. Antes, no solo ese hijo sino mil que tuviera, to-

dos dejaria entregar á la muerte. Y para que veas cuanto prefiero mi honra y mi deber á su vida, toma mi propio cuchillo.»

Van á hablar algunos; la terrible austeridad de la mirada de su caudillo los contiene. Apártase del muro Guzman; deja asombreados á los suyos; torna á su palacio, siéntase á la mesa con sereno y disimulado aspecto, y oculta la verdad á su esposa.

Poseido de ira el infante, á vista de los soldados mismos españoles que custodian los muros, degüella ó manda degollar con el cuchillo de Guzman á D. Peralfonso. Los alaridos y las piadosas exclamaciones de un pueblo entero, responden á los bárbaros acentos de la morisma que solemniza tan espantosa tragedia.

Levántase de la mesa Guzman al oír el confuso estruendo: su corazón le dice la maldad del infante. Pregunta; y al saber indudablemente aquella desventurada verdad, solo da por respuesta á los que se la anuncian: *Pensé que los enemigos han entrado en Tarifa*: encubriendo el sentimiento del padre con la entereza del gobernador de una villa, apretada con estrechísimo cerco.

Apenas dejan al niño desangrado y pal-

pitante en el suelo los ministros del enojo de D. Juan, permite este, mas como muestra de enardecida fiereza, que como respeto y compasion á un padre infeliz, que algunos soldados de Tarifa recojan el cadáver del hijo y compañero de la fama de Guzman.

No pasa mucho tiempo sin que las traidoras lanzas de los ginetes africanos dejen de resplandecer en torno de Tarifa, huyendo con doble afrenta y eterna ignominia el infante D. Juan, traidor dos veces. Socorros de mar y tierra acuden enviados por el Rey D. Sancho. Despues de seis meses de tan triste asedio, libre queda Tarifa. Guzman parte con su esposa á ver al Rey que está en Castilla, afligido de una mortal dolencia. Antes de pasar á avistarse con el monarca, éste le habia escrito comparando su hecho con el sacrificio que por servir á Dios, Abraham se determinó á ejecutar en la persona de su hijo Isaac, comparacion que los mas esclarecidos poetas españoles han repetido al cantar las hazañas del héroe D. Alonso Perez de Guzman, en quien se confirmó por tal suceso el renombre de *Bueno*.

Los mortales restos del niño Peralfonso fueron llevados por su padre al templo de S. Isi-

dro del Campo, en Sancti Ponce. El lugar de su muerte fué venerado como de aquel en que se habia padecido martirio por el triunfo de la religion. Mas adelante uno de los marqueses de Tarifa erigió un humilladero para mas veneracion y mas cristiana memoria.

JUAN DE PASAMONTES.

(EL SANTO NIÑO DE LA GUARDIA.)

Alonso de Pasamontes y Juana de Gundera vivían en la ciudad de Toledo por los años de 1487. Ambos esposos eran de noble linaje, no de gran riqueza; pero la que cumplía para ejercer repetidos actos de caridad en socorro de los pobres y de los santuarios. Deseaban que Dios los favoreciese con un sucesor y fueron favorecidos, naciendo el 17 de Diciembre de 1487, día en que el patriarca San Juan de Mata, fundador de la orden de los Trinitarios para la redención de cautivos, pasó á obtener en la bienaventuranza la corona con que Dios recompensa á los bienhechores de la humanidad.

Recibe el niño con las aguas del bautismo el nombre de Juan: á los dos meses gravemente enferma: apelan sus padres con lágrimas en los ojos á la piedad divina y no envano, y ofrecen consagrar á la religion de la



Santísima Trinidad la prenda de su cariño.

Apenas anda el niño y es llevado al templo de Trinitarios. El prelado del convento de Toledo Fr. Gonzalo de Aguilar, solemnemente en presencia de numeroso pueblo, da á Juan el hábito en la forma misma que á los novicios, el dia 15 de Agosto de 1488. Regresa á la casa paterna el niño con el hábito de la órden: corren dias, y uno, dos y tres años. Juan, poseido de la doctrina, que en sus padres aprende, y con inteligencia superior á su edad, discurre claramente en materias de religion con grandes y pequeños, admirado de muchos, querido de todos, igualado de ninguno.

Moran entonces en España muchos hebreos, tan ignorantes los mas en su ley, como enemigos tenaces de la fe de Jesucristo, si bien cristianos en el nombre, si bien cristianos en las apariencias.

Acuerdan varios de ellos robar un niño cristiano, niño de corta edad, para representar con él vivamente la crucifixion de Jesus. Juan Franco, vecino de la villa de la Guardia, es el señalado por los suyos como hombre muy artero y atrevido para buscar la víctima inocente. Va á Toledo con su atroz

designio: allí no le conocen; esto le alienta; sabe que hay un niño en hábito de trinitario, de inteligencia feliz, y hermoso á maravilla: nada mas necesita saber; la víctima está elegida, falta elegir el dia. Lo elige; es el de la Asuncion.

La madre, que está ciega ó casi ciega, lleva de la mano al niño; quiere entrar en la iglesia catedral por la puerta del Perdon; multitud de gente pasa por ella, otra mayor pretende pasar; la confusion es grande, y sin embargo, se acrecienta; despréndese de la mano materna involuntariamente el niño: búscala ella, lo llama y él no responde. Juan Franco pone entre tanto á la vista del niño juguetes y dinero; lo atrae, lo entretiene, lo halaga, lo lleva consigo y desaparece sin ser de nadie advertido.

La madre repite el nombre de su querido hijo, lo vuelve á repetir cuantas el amor y el pesar le dictan: pregunta desconsolada á todos y su desconsuelo crece, al escuchar los acentos de los que le dicen la verdad: que su hijo no se encuentra. Vuelve á su casa: comunica su ansiedad al padre, el padre ignora el paradero del hijo: corren por calles y plazas: preguntan á amigos y deudos: requieren á los

magistrados: y todo su inquirir acaba en convencerlos de que una gran desdicha ha acontecido al tierno niño.

En tanto Juan Franco seguramente pasa con él á Quintanar; pasa á Tembleque, pasa en fin á la Guardia: por todas partes y en público con falsos cariños á Juan: en secreto enseñando regocijadamente la víctima á los hebreos.

No tiene hijos Franco, y los vecinos de la Guardia creen que el niño lo es. No ha llegado la hora de su martirio: para conmemorar la pasión de Jesús debe aplazarse á la Semana Santa: término largo parece al mal sufrido ánimo del raptor de Juan, y decide entretenir su impaciencia. Llama á su amigo Benito García de las Mesuras, su igual en perversidad y en propósitos: llevan al niño á una cueva de la propia casa: lo desnudan, le atan atrás las manos: le ponen una soga al cuello y colocado en un alto poyo, lo afrentan y golpean, y le dan con intento de vituperarlo el nombre de Cristóbal: de allí lo quitan al fin, impacientemente lo atan á una columna de piedra, y lo maltratan á azotes. Fatigados, y temerosos de ocasionar anticipadamente al niño un daño irremediable, lo trasladan á su

casa: lo dejan descansar diez dias y al cabo de ellos, repiten tan cruel ceremonia. Un dia logra Juan huir de las manos de su atroz enemigo: busca su amparo en una casa vecina: escóndese en ella bajo un lecho: los moradores que oyen sus gemidos lo acogen, lo consuelan, enjugan sus lágrimas, observan sus cardenales, inquieren de él la causa y al ver su silencio, su dolor, y las señales de su cuerpo, qué mas necesitan saber? Lo llevan á casa de su falso padre y enérgica y razonada, y casi amenazadoramente le reprenden aquella severidad con un niño de edad tan delicada y tan inofensiva.

Vánse y Franco recela que su designio se descubra: que se descubra el hurto, y que sobrevenga el castigo. Finge, dias despues, que va á trasladarse con su hijo á otro pueblo donde viven parientes que bien lo quieren y en donde mas divertidamente crecerá con el cariño de los de su linage.

Una noche pasa con él á deshora á Tembleque, en la confianza de que por nadie seria visto: y entrega el niño á la custodia de su amigo Hernando de Rivera. Pocos dias mora Juan en compañía de este judaizante: pues con secreto igual lo traslada á Quintanar de

la Orden: lo da en guarda á Alonso de las Mesuras, hombre de corazon perverso, fácil á la ira, extraño á la compasion, y mas pertinaz en sus crueldades cuanto los ruegos eran mayores.

Pasan dias, acércanse los de la Semana Santa: júntanse los opresores del niño; no determinan su pasion y muerte, sino el sitio. Es elegido un risco cerca de la Guardia por la semejanza que creen hallar con el monte famoso de Jerusalem.

Juan Franco con trece de sus compañeros en religion y maldad, espera impacientemente á la hora fijada, el 31 de Marzo de 1491, para la presentacion del niño en una cueva, mal albergue de pastores en tempestades y estíos. Llega el niño conducido por Alonso de las Mesuras. Es de noche: una gran antorcha de amarilla cera alumbrá aquel recinto. Una capa convenientemente colocada á la boca de la cueva, oculta la luz y la maldad á los lejanos transeuntes. Sacan de la cueva al niño: móntanlo en un jumento: cércanlo saludándolo con palmas y olivas, y lo llevan por los alrededores del risco en medio de aclamaciones. Preparan una cena; obligan al niño á presidirla y á lavar los piés á sus ver-

dugos. Lo conducen á un huerto; le hacen presente los tormentos que le preparan; el niño les reprende; en nombre de Jesus les amonesta y opone á los sarcasmos su constancia. Uno de los malvados representa en estos actos á Anás, este á Caifás, aquel á Pilatos, esotro al falso Apóstol, los demás al pueblo, á los soldados y á los verdugos.

Es el niño azotado: corónanle de espinas: le muestra uno á los demás tomándolo en brazos y diciendo las palabras Ecce Homo. Lávasse las manos el que finge ser Pilatos: pronuncia la mortal sentencia: ponen en hombros del tierno niño una cruz de una carreta de molino, que servia de puente á un riachuelo, llamado desde entonces del Cedron: no puede sostenerla por carecer de fuerzas para ello, así por su edad como por sus dolores: nombra el presidente dos para que le ayudeu á llevarla. Varias mujeres, entre ellas las de Juan Franco, se acercan allí gustosa ó involuntariamente: le enjugan el ensangrentado rostro: mas que compasivas como auxiliares de los suyos. El niño llega á la cumbre del risco: es despojado de su hábito de trinitario: tiéndenlo en el suelo sobre la cruz: átanle vigorosamente piés y manos para que no pue-

da con el dolor moverse cuando se intente clavarlos: levantan la cruz: Benito García de las Mesuras rompe el pecho del niño con un cuchillo corvo: clávalo hasta las entrañas: sácale el corazon y lo deja colgando del mismo cuerpo para que mas limpio quede con la sangre que de sí despida; y lo rocía luego con sal para mejor conservarlo.

El santo niño levanta al cielo los ojos y expira. Alonso de las Mesuras abre con un cuchillo las venas y recoge la sangre del niño en un caldero.

Desangrado el corazon, es separado del cuerpo; y recojido cuidadosa y alegremente como un preciado trofeo de aquella victoria, fácil solo á la crueldad, y en que la víctima no podia oponer mas armas que su inocencia.

No quieren sepultar en la cueva misma al niño, temerosos de que pueda descubrirse con el cadáver el delito, y con el delito los delinquentes. En una viña á un cuarto de legua de aquel lugar cavan la tierra: forman un gran hoyo, depositan el cuerpo, y lo cubren con la mayor destreza, tanto que la luz del dia no puede señalar los vestigios.

Qué les falta á tan inicua empresa? Buscar una consagrada hostia para con el corazon

del niño consumir nuevos sacrilegios. Un judío oculto, sacristan de una iglesia, llamado Juan Gomez, tiene las llaves del Sagrario: instanle sus deudos y amigos para que entregue una hostia: vacila y teme, pero empeña al fin la palabra. Con la indecisa luz del naciente dia penetra en la iglesia, y antes de abrir las puertas, consuma el hurto, y lo pone en manos de Benito Garcia de las Mesuras. Parte este con la hostia: se dirige á Zamora: lo esperan regocijadamente los de la sinagoga de aquella ciudad. Pasa por Avila: entra en la catedral, saca el libro donde escondida se halla la sagrada forma: finge estar en oracion, y al propio tiempo se burla. Lo observa un cristiano: recela de sus ademanes que no lo es verdadero, síguelo al salir del templo: averigua donde mora, y lo pone secretamente en noticia del Santo Oficio. Acuden á prenderlo á inesperadas horas: lo sorprenden con las pruebas de su delito; lo confiesa aterrorizado y juntamente sus cómplices. Corre la nueva con igual rapidez y secreto á los lugares en que estos habitan, y sigue á aquella prision la de todos. Niegan, y á negar vuelven una vez y otra la acusacion que les hacen; mas apenas oyen las declaraciones de

Benito García, y frente á frente de todos la ratificación de este, tiemblan, se desvanece su audacia, y unos arrepentidos y otros tenaces en su perversidad, confiesan el atroz suceso y la parte que cada cual tuvo. Sigue el castigo debido á tanta maldad, y acaban sus días en públicos suplicios, en medio de la mas justa indignacion popular, y de todo linage de merecidos vituperios.

Juan Franco antes de morir afrentosamente declara el sitio donde en la cueva enterrados están la cruz y los instrumentos del martirio. El cadáver no se halla por mas escavaciones que se hacen; tan solo se presenta al fin á los ojos de los que anhelosamente trabajan el capotillo que sirvió de mortaja á aquel dulce niño.

Lloran sus padres por un instante la pérdida; lamentan sus dolores, y quisieran haberlos sentido á par de él; pero bien pronto por do quiera oyen la voz de los prelados, sacerdotes, caballeros y pueblo que llaman á la prenda de su alma *el Santo Niño de la Guardia*; y á esta voz unánime responde el fervoroso culto. El Cardenal D. Pedro Gonzalez de Mendoza, Arzobispo de Toledo, ordena que el Niño sea pintado clavado en la cruz, y con el

hábito de la órden de la Santísima Trinidad. Una ermita se erige en la casa y cueva de Juan Franco en la Guardia; otra en el lugar donde enterrado fué el cadáver, ermita llamada del Santo Sepulcro; un templo, en fin, muy celebrado en la cueva donde expiró el Santo Niño. La villa de la Guardia lo elige por su patrono poco tiempo despues del martirio (1). En la santa iglesia catedral de Cádiz hay una excelente escultura del Santo Niño de la Guardia, en hábito de Trinitario y en el acto de expirar en la cruz.

(1) Celebra su fiesta el 25 de Setiembre.

SANTO DOMINGO DE VALLS.

Semejante en el morir fué Juan de Pasamontes á un seise de la catedral de Zaragoza que se decia Domingo Valero ó Valls, hijo de Sancho, notario público, y de una mujer llamada Isabel: siete años contaba el niño en 1250. Varios judíos concertaron celebrar un rito de conmemoracion en odio á Jesucristo. Instigado de la codicia y persuadido del mismo pérfido designio, un judío, nombrado Mosse Albayuceto, pudo apoderarse segura y escondidamente del niño Domingo. Atado con una soga, lo entregó á los que habian ofrecido la recompensa. Cuéntase que Domingo tenia desde su nacimiento una mancha en la espalda á manera de cruz y otra en la frente á semejanza de una corona. Crucificaron los judíos al niño en una pared con tres clavos y abriéronle de una lanzada el costado. Sucede en sus ánimos tras el delito el temor. Cortan al niño cabeza y manos, y es-

conden el tronco á orillas del Ebro. Sobre el sitio de su sepulcro un fuego fátuo es visto algunas noches por unos hombres que en el rio guardaban unas barcas. Acuden algunos magistrados teniendo el fuego por guia, y con ellos algunos eclesiásticos. Se reconoce el sitio, hácese escavaciones, hallan el cuerpo liado en un sudario, tal como fué enterrado. Depositarlo en la iglesia de S. Gil, y desde ella en ordenada y suntuosa procesion es trasladado el cuerpo á la catedral, donde en una capilla se conserva como reliquia. Arrepentido el judío que cometió el robo, se convirtió á la fe de Cristo, y declaró el martirio del niño, llamado Santo Dominguito en Zaragoza, vulgarmente.

SAN SIMEON.

San Simeon ó San Simon, segun escriben otros, fué natural de Trento, é hijo de Andrés y María, personas de gran virtud y pobreza. Concertáronse varios judíos para solemnizar la Semana Santa del año de 1475, dando muerte á un niño cristiano. Con promesas, ruegos y todo linage de persuasiones consiguieron que uno se determinase á robar lo que deseaban. Con efecto, Tobías descubrió en el umbral de una puerta un hermosísimo niño, tranquilo y solo y de edad como de dos años y cuatro meses. Con halagos consiguió que el inocente le siguiera sin ser de nadie observado. Pasó una calle y otra, tomó en brazos al niño, el cual concibió algun temor, y en tiernas voces con amargo llanto, invocó una y muchas veces el nombre de Maria, que era tambien el de su madre.

Llegó á la casa destinada á la maldad. Con gran regocijo y con caricias y regalos para engañar al inocente y que cesase en sus cla-

mores, fué recibido Simeon. En tanto, sus padres lo lloraban perdido, é inútilmente lo buscaban. Llegó la noche, despertaron al niño que descuidadamente descansaba, lo condujeron á la sinagoga: lo pusieron sobre los muslos de uno de aquellos crueles enemigos: lo desnudaron completamente y ciñeron su cuello con un lienzo para apretarlo oportunamente y ahogar sus sollozos, á fin de que desde la calle no fueran oídos. Otros sujetaban las piernas y manos del niño. Todos los presentes se acercaban y le iban cortando un pedazo de sus carnes, tormento que duró mas de una hora hasta que expiró.

Dos dias tuvieron oculto el cuerpo: al cabo de ellos, el Domingo de Pascua, lo vistieron con sus propias vestiduras y lo arrojaron con el amparo de las sombras de la noche al rio, cerca de la casa misma de los autores de aquel delito. A la mañana siguiente, para mayor disimulo dieron ellos mismos al obispo la nueva de haber hallado en el rio aquel cadáver junto á una red de hierro. Reconocióse al niño Simeon, é instantáneamente nació la sospecha, que pronto dejó de serlo, de que los mismos judíos habian sido los autores de la muerte, á la cual sucedieron muchas prisio-

nes y no pocos ejemplares castigos.

Con gran solemnidad y como á reliquias de un mártir, procesionalmente se trasladaron los restos de Simeon á la iglesia de San Pedro, en Trento, celebrándose el dia 24 de Marzo como el de su martirio glorioso.

EDUARDO V DE INGLATERRA

Y RICARDO DUQUE DE YORK.

El día 9 de Abril de 1483, todo es confusión en Lóndres. El Rey Eduardo IV ha muerto repentinamente en Westminster. Su cadáver es trasladado á Windsor con la mas solemne pompa para recibir sepultura en una capilla, que habia sido por órden del mismo Rey levantada.

Proclámase á su hijo Eduardo: es el mayor y solo once años cuenta. El conde de Rivers, hermano de la Reina, aspira á la gobernacion del Estado, mientras la menor edad. El duque de Gloucester, igual en el intento para la nobleza y plebe, fué superior en la ambicion y en la astucia. Atrae á su bando en odio á la Reina á muchos: manda prender al conde de Rivers, y al arrebatarle la libertad, le arrebatata juntamente el niño Rey, y al Reyniño la libertad, y la corona que aun no ha ceñido sus sienes.

La desconsolada viuda y madre teme por su hijo: Gloucester finje lealtad y amor y en fe de que se creen su amor y lealtad, quiere y cariñosamente suplica que Ricardo, duque de York, segundo hermano de Eduardo V, pase del hogar materno á vivir con el Rey. Ambos niños así serán mas felices.

Vencida de los ruegos de sus amigos, baña la Reina en lágrimas las mejillas de Ricardo y lo entrega, despues de darle los postrimeros besos.

El duque de Gloucester es declarado Protector del Rey y del reino, como hermano de Eduardo IV. Para asegurar las vidas de ambos niños, segun dice, manda custodiarlos con las mayores seguridades en la Torre de Londres.

De dia en dia con pretextos mal fingidos va dilatando la coronacion de su sobrino. Esparce cautelosamente la no creida voz de que eran ilegítimos los hijos de su hermano. Conspiran algunos nobles sospechando la traicion; pero no tan en secreto que su leal designio de salvar á los niños y asegurar en Eduardo la corona, no llegue á oidos del vigilante Gloucester. Uno á uno de los mas temibles por su poder y osadía son calumniados, é ines-

peradamente presos, y entregados al verdugo. Los parciales de Gloucester elogian donde quiera la virtud que no tenia, y hablan de la felicidad que Inglaterra podria conseguir si tal príncipe ocupase el trono de sus mayores.

Exhorta al pueblo el duque de Buckingham: al pueblo en parte sorprendido, en parte comprado para ese fin. Gloucester es aclamado con el nombre de Ricardo III. Con magnificencia y muchedumbre curiosa que por su número aparece junta por el entusiasmo, llevan á Gloucester la corona: se la ofrecen los magistrados yendo al castillo en que reside. El duque se muestra ignorante: temeroso del designio, absorto con tal novedad, pronto á no admitir, firme en el negarse, y descontento al aceptar la corona. Sube al fin las gradas del trono el dia 22 de Junio de 1483.

Dos vidas estorban todavía á su intento. Las de los dos niños que están en la torre. Da orden á Brackenbury, gobernador de la fortaleza para que Enrique V y el duque de York secretamente mueran. Niégase aquel caballero, dominado del amor con que los niños le miran. Sir Santiago Tyrrel se encarga del he-

cho: una orden real obliga al gobernador á entregar por una sola noche las llaves de la torre. Con tres secuaces suyos entra en ella Tyrrel: llega al aposento de los tiernos niños que confiados en su inocencia, profundamente están dormidos, para despertar en el sueño de la muerte. Guarda las puertas Tyrrel para que de ninguno sea la ejecución impedida. Ahogan los asesinos á los niños en su propio lecho y con sus almohadas.

Palpitantes aun, reciben los cuerpos sepultura al pié de la escalera de la torre, en una profundísima cueva. Cubierta es tal tumba artificiosamente con las piedras, cual si con ellas se quisiese encubrir mas el crimen que los cadáveres.

Ricardo III vive luego en el trono cercado de sobresaltos y olvidado de los remordimientos. Él mismo provoca la venganza de los niños y el castigo de sus delitos por medio de las iras de los nobles que concita con sus maldades, y muere en una batalla, peleando por la conservacion de la usurpada corona.

Enrique VII, su contrario, al subir al trono, manda en vano buscar los restos de Eduardo V y del Duque de York, para darles una honrosa tumba, cual merecian su inocencia

y sus desdichas. Hasta el reinado de Cárlos II no se hallan los esqueletos de ambos niños, y eso por la casualidad no por la diligencia de los hombres. Un mausoleo de mármol se erije en la Abadía de Westminster para reposo de aquellos restos.

La venganza de Enrique VII contra el matador de Eduardo y de Ricardo, fué mas afortunada. Santiago Tyrrel pereció en el patíbulo, despues de confesar su delito. Tal fin alcanzó creyendo obtener las mundanales venturas.

D. MIGUEL DE OMAÑA.

Residen en Cádiz el año de 1663 el capitán D. Antonio de Omaña y Casariegos y su esposa doña Juana María de Beza, ambos de linaje ilustre. El día 28 de Setiembre, Dios les concede la felicidad del nacimiento de un niño, que en las aguas del bautismo recibe el nombre de Miguel. Cruces de oro son sus adornos: son también sus juguetes infantiles y á todos preferidos en la tiernísima edad primera.

Dos años cuenta; dos años y sus padres creyendo que no es sin misterio aquella afición al signo de la cruz, quieren más y más acrecentarla. A un artista sevillano encomiendan las imágenes del descendimiento de Cristo á los brazos de su lastimosa Madre. Labradas primorosamente llegan á su poder: colócanse en separada habitación de su propia casa: religiosos y caballeros vienen á verlas por la curiosidad, y á verlas tornan por devoción, y se esparce la nueva por Cádiz, y se aumenta el concurso.

Determinan los padres del niño trasladar á un templo las ya tan veneradas imágenes. Conferencian entre si, consultan con deudos, amigos y eclesiásticos: eligen el templo de religiosas de Nuestra Señora de Candelaria del orden de S. Agustin. Para que mayor sea el culto, fundan piadosa cofradía con nombre del Descendimiento: sus primeros cofrades son todos niños: niño tambien su prioste, y el menor de todos en edad.

Es Miguel de Omaña quien al templo por aquellos dias va siempre en brazos de su ama. La cofradía vulgarmente se llama entonces y por largo tiempo, *cofradía de los muchachos*.

Crece Miguel educado en religion y piedad ferviente, dulce en el trato, amado de todos, alegría de los suyos, esperanza de sus padres.

A Méjico pasa su tio el Dr. D. José de Omaña con el importante cargo de Inquisidor general: insta con los padres para obtener el permiso de llevar consigo á Miguel: píntales cuántos y cuán grandes pueden ser sus adelantos: el dolor de la separacion les hace vacilar: los decide, al fin, la justamente esperada felicidad que su hijo pudiera conseguir con tal protector y de tanta confianza.

Parte: llega á Méjico: prosigue sus estu-

dios, grande en la aplicacion, mayor en el talento. Profundo filósofo cristiano, dia por dia al amanecer cuenta los de su edad diciendo, «hoy,» por ejemplo, «catorce años cumpla, tres meses y cuatro dias. ¡Cuántos de catorce años, tres meses y cuatro dias han muerto! Luego como ellos murieron, puedo de la misma manera en el dia de hoy morir.»

Esta memoria de la muerte repite al ir á entrar en su lecho. «Quizá será, dice, la postrimera noche en que me desnude, y si hubieren de quitarme alguna ropa para que en mi casa quede, será por mano de otro.»

Cuando componia oraciones gramaticales tambien acostumbraba á decir:

«¿Qué otra cosa es nuestra vida sino una composicion ajustada en que nuestras obras, palabras y pensamientos, para que no tengan borrones, se han de conformar á las leyes, á los preceptos y á las reglas que cada uno profesare? Se traslada y pone en limpio al tiempo del exámen de conciencia, en que se cojean nuestras acciones con las reglas, preceptos y leyes, y hallándose haber discrepado en ellos, con el dolor, arrepentimiento y propósito firme de la enmienda se corrigen los yerros y solecismos y se quitan los borrones.»

Tales son sus pensamientos, y de unos en otros le nace el deseo, que pasa á ser resolución irrevocable, de entrar en la Compañía de Jesus. En su libro de memorias escribe: «Quisiera, Señor, tener muchas coronas é imperios que dejar por vos en el mundo. Soy tan desdichado y vil que no tengo que dejar sino unas esperanzas y quizá vanas y sin fundamento.»

Va al colegio de S. Pedro y S. Pablo: solicita hablar con el Padre Provincial: obtiene el permiso; arrójase á sus piés, y con lágrimas en los ojos, le dice: «Yo no he de salir de aquí porque Dios me trae para que viva y muera en la Compañía.»

Al ver tal fervor el Provincial se enternece: quiere admitirlo, pero antes cree oportuno que la vénia de su tío se impetre.

Miguel de Omaña le suplica que no dilate el momento de su admision; presiente que puede morir pronto, y de su pensamiento no se aparta el ejemplo que leyó en una historia, de un jóven estudiante del Dr. Silo, en París, muerto en temprana edad y tardío en el arrepentimiento.

«Para que yo sirva á Dios, exclama, y asegure mi salvacion, y mas cuando el mismo

Dios me llama, no hay necesidad de dar parte á nadie. Solo Dios es el dueño verdadero de mi alma.»

Le replica el Provincial que es necesario, sin embargo, comunicar á los padres hasta el deseo de servir á Dios.

Miguel, pretende con vivas ansias entrar de novicio; le oponen dificultades por la severidad del instituto; mas para satisfacer sus deseos de entrar en la Compañía, le dicen que pertenezca á ella en lo interior de su conciencia. Así lo determina: se considera obligado á sus reglas; sirve en hospitales la comida á pobres convalecientes, consuela á los enfermos graves y los ayuda en sus tribulaciones.

Censúranle muchos por qué se emplea en oficios bajos con el celo de su caridad en los mismos hospitales.

«¿No es para sentir y llorar, dice, que si me vieran cometer pecados ú ocuparme en vanidades, no habria quien me lo reprendiera, antes bien, muchos que me colmáran de aplausos, y que por ocuparme en actos que parece en lo exterior de humildad, tenga tantas contradicciones? ¡Oh, qué desdicha es vivir en el mundo, donde todas sus leyes son declara-

damente contra Dios, contra el alma y contra la virtud; y qué dicha es vivir en la religion donde se profesa servir á Dios! Los mas perdidos en el mundo no censuran á los religiosos porque sean buenos, antes bien se escandalizan de ellos, si no lo son.»

En tanto que estas cosas suceden, llega á Veracruz la flota de Nueva España: llega, y su padre con ella. Sábelo Miguel: escribe al punto para preparar su ánimo y que no le impida la realizacion de su único deseo. Hé aquí algunos pasages de su carta de 8 de Setiembre de 1680.

«Veo lo que Vuestra Merced medice en una suya acerca de mi determinacion y buen propósito de entrar en la Compañía de Jesus, y el consuelo de que sea en España á vista de mi madre..... Me dice (ella) en carta suya se holgára que tuviese conveniencias en este reino: ¿qué mas dicha puedo tener que haberme dado el Rey del cielo lugar en su Compañía que es la mayor conveniencia que se puede lograr en esta vida?

«Pido á Vmerced que sea mi verdadero padre en esta ocasion, y le ruego por la Virgen Santísima con lágrimas de mis ojos, me ampare, dándome su bendicion y plena licen-

cia... Esté Vmerced seguro que á la hora de la muerte se holgará muchísimo de haberlo hecho y reconocerá tambien todas estas verdades; y por el contrario si Vmerced ó mi madre determinare otra cosa, ¡qué desconsuelo tendrá en aquella hora de haber de dar cuenta á Dios de todo!»

Así se desahoga en estos tiernos afectos: recibe el padre la carta; pero reserva la respuesta no á la pluma sino á las palabras. Llega á Méjico: consulta con un eminente teólogo si será bien que su hijo tome el hábito en Sevilla y ante la madre, que lo anhela como la mayor de las felicidades, ó si consentirá que en la ciudad lo tome y en ausencia de la que le dió á luz. Obtiene el parecer en sentido conforme con los maternos deseos. Insta á su padre Miguel de Omaña, exclamando en conmovido acento y repetidamente: «¡Ah Señor, no hay mas que Dios!» Y el capitan D. Antonio aplaude con noble espíritu aquella vocacion invencible; pero le ruega que espere la respuesta de su madre, y que si esta no viniere, á vista de ella en España y para su consuelo, entraria en la Compañía de Jesus, llevándolo él mismo al noviciado.

Sus amigos le persuaden á que ceda, que

deje á Méjico, que vuelva á Cádiz, Cádiz su patria. «No busco yo tierra sino cielo, responde: quizá en este reino tendré el cielo mas cercano que en España por estar distante de los halagos de mi tierra y de tantos y tantos deudos.»

Prepárase la flota á tornar á España. Los dias en vano han transcurrido: la respuesta de la madre no ha llegado. Forzoso es volver á la patria sin haber entrado en la Compañía. Consuela su dolor el que su padre y él van á partir en el navio donde van Jesuitas para Roma. Vivirá á su lado durante la navegacion: tal es su resolucion: tal su esperanza: tal el alivio á su voluntad contrariada.

Un dia hallándose en oracion siéntese indispuesto: sale de la tribuna del còlegio de la Compañía: encuentra á uno de los padres que ha de ir á Roma: despídese de este: «Mas presto, responde Miguel de Omaña, con presentimiento triste, haré mi viaje y no nos veremos mas.»

Pasan ocho dias de dolencia, mas y mas grave por momentos. Quiere ser admitido en la Compañía: lo admiten y en el mismo lecho, viste la ropa de verdadero novicio y no como acostumbra la Compañía en artículo de



muerte bajo la condicion de aquel peligro. Quiere ser trasladado al colegio para morir en él jesuita; mas los médicos, compañeros en religion, padre, deudos y amigos no lo pueden consentir y no lo consienten, temerosos de que su vida mas prestamente termine.

A las dos de la tarde, el 7 de Mayo da el postrimer suspiro á los 18 años no cumplidos y mientras que unas campanas anuncian su agonía y luego su muerte, otras tocan á visperas por la aparicion de S. Miguel, el santo de su nombre.

Muerto, es trasladado á la capilla de la Concepcion, lugar destinado para sepultura de los hijos de aquel colegio de la Compañía. La nobleza, el sacerdocio de Méjico, el pueblo, todos con dolor sumo y mayor veneracion, asisten á sus exequias, asisten á su entierro, edificados con aquella breve vida, ejemplo de virtudes para sabios y para ignorantes.

JUAN PAEZ.

Antonio Paez y María de los Rios hubieron de su matrimonio un niño el 9 de Diciembre de 1703 en la ciudad de Cádiz. Juan fué su nombre: Joanico el diminutivo con que era llamado por el cariño de los suyos. Su padre pasó á mejor vida á poco de haber nacido la prenda de su amor. Creció el niño, y cuando andaba en edad cercana á los cinco años, hé aquí que el Lunes 27 de Agosto de 1708, pasados cortos instantes despues de la hora del Ave María, fué echado de menos en su casa, situada frente á la puerta del mar y guardia que la custodiaba. Jugaba con otros niños de sus años en la alegría de su edad, y ageno de temores, ante las puertas de la morada de su madre.

Llámalo esta, inquiere inútilmente; por toda la ciudad lleva las nuevas de su dolor y sus mortales ansias. Ninguno le da razon de su hijo: magistrados, amigos y personas compasivas secundan vanamente tambien sus pasos.

Han transcurrido tres días: cansados todos están de las constantes diligencias; pero no los sufrimientos ni las esperanzas de la madre. Llega la noche del día 30 de Agosto y al toque de ánimas es hallado el niño en la esquina de la calle de D. Juan de Soto, á la entrada de la plaza de Isabel II. Tendido, inmóvil, con señales de haber sido grandemente azotado en todo el cuerpo con cordeles ó varas, de haber estado con fuertes ligaduras en manos y piés: la cabeza hinchadísima y muy magullada y hasta con tres heridas que aun manaban sangre: muy hinchados también los ojos, cerrados y cárdenos, cual toda la cara, y con muestras de haber sido circuncidado: en tal aspecto y trabajosamente respirando y sin habla lo trasladan á la casa de su abuela. Tenia abiertos los brazos en forma de cruz.

Asistido por sus parientes y por la piedad de los principales vecinos de Cádiz, condolidos de sus padecimientos que se atribuían á la vengativa saña de algunos que ocultamente profesaban el judaismo, vivió de tan lastimosamente suerte hasta la madrugada del día 6 de Setiembre en que se despidió de la vida con tres suspiros, no sin haber antes prestado

algunas declaraciones tan indecisas acerca de su raptor y de sus tormentos, que por ellas poco podia inferirse para la persecucion y castigo.

Quedó al espirar con las manos igualmente cerradas, los brazos abiertos, los piés cruzados, el derecho sobre el izquierdo, las rodillas juntas, y la cabeza inclinada sobre el hombro siniestro, la misma postura en que fué hallado.

Conmovida la ciudad, tierna y religiosamente lo califica de mártir. El Cabildo eclesiástico se juntó el dia mismo de su fallecimiento y acordó la adquisicion de los mortales restos de aquel niño, como un tesoro. El Arcediano de Medina, D. Gerónimo Ravaschiero y Fiesco, y el Canónigo D. Juan García de la Yedra, recibieron la comision de disponer su entierro.

Dos dias estuvo de cuerpo presente en su casa vestido con un cendal morado. Allí acudió numeroso y entristecido pueblo á admirar su cadáver, como un objeto de la veneracion mas dulce.

En la tarde del 7 de Setiembre fué trasladado en procesion desde la casa á la Santa Iglesia Catedral, concurriendo todo el clero,

las hermandades, los religiosos, y caballeros mas principales. Presidia la ceremonia el obispo D. Fr. Alonso Talavera: cuatro canónigos en el centro de la procesion llevaban el cadáver descubierto en una caja, que tenia la forma de cruz.

Todo el templo se veia ocupado por el pueblo: imposible era colocar la caja sobre el aparato prevenido en la nave mayor: por eso el ataúd se llevó al coro, donde defendido por las rejas pudo permanecer hasta que entrada la noche y despedido el pueblo, que porfiadamente no queria desprenderse de aquel sitio, se trasladó en la soledad el cadáver desde el coro á una bóveda sola en la capilla de las reliquias, donde en vano hasta ahora se ha procurado hallar tan venerables restos para depositarlos en la nueva Iglesia Catedral.

Negó Dios á la justicia de los hombres el castigo de este delito, reservando á su alto juicio el conocimiento del malhechor, mientras daba un objeto mas á la piadosa veneracion de los que siguen su ley.

LUIS XVII.

Luis Cárlos nació en Versalles el 25 de Marzo de 1785, hijo de Luis XVI y de María Antonia. Fué primero *Duque de Normandía*, pero habiendo fallecido su hermano mayor en 1789 recibió el título de *Delfin*, que pertenecía al heredero presunto de la corona. La Asamblea constituyente le dió el dictado de *Príncipe Real*, que tuvo Luis Cárlos hasta la proclamacion de la República. Era de dulce y atractiva fisonomía y de bastante afabilidad, en medio de aquella triste niñez, reservada al que parecia haber nacido para ser dichoso y prepotente.

Oprimido el rey su padre por el furor de los partidos, determina huir de la corte y huye de París sigilosamente con su esposa, su hermana Madama Isabel, el Delfin y su hija María Teresa Carlota.

En Varennes son detenidos los viajeros: el procurador Sausse los reconoce: la Reina tomando al Delfin en sus brazos lo presenta á aquel magistrado para enternecerlo y que no

impida la fuga. Todo es en vano. Llegan órdenes de la Asamblea para la vuelta del Rey y su familia á París; respetuosa y forzosamente vuelven con segura custodia á la corte. Esto acontecia á los fines de Junio de 1791.

El 10 de Agosto de 1792, una gran parte del pueblo armado de París se dirige al Palacio: la ira en los semblantes, el rencor en los corazones, sanguinarios los designios, la resolución para todo, sin temor y piedad. Cuatrocientos son los defensores de la Real familia: temeraria é inútil la resistencia. Los amigos leales del monarca le aconsejan que se traslade con los suyos á buscar en tal peligro la protección de la Asamblea. Duda: acrece la porfía, duplicanse los ruegos, y vencen las instancias. Luis XVI abandona para siempre el palacio de sus mayores. Atraviesa el jardín: le preceden el procurador síndico y otros individuos del departamento: á su lado va el Ministro de negocios extranjeros. Siguele la Reina apoyada en el brazo del Ministro de Marina. De la mano izquierda lleva al Príncipe Real, mientras su aya Madama Tourzel aprieta convulsivamente la otra mano del niño. En pos de estos caminan su hermana y la del Rey y otros personajes de la corte.

El otoño en aquel año se habia anticipado; todo el terreno estaba cubierto de hojas secas. El niño ageno de su peligro, ageno de la desdicha de su familia y de la pérdida de su corona, se entretenia en ir arrojando con sus piés á las piernas de los que delante iban, las hojas que encontraba á su paso.

Llega la comitiva á la Asamblea, venciendo las dificultades que á su tránsito oponia la multitud furiosa: entra recibida por una diputacion, teniendo que caminar trabajosamente por entre los que impedian con su presencia el camino. Un granadero lleva en sus brazos al Príncipe Real y lo pone en la misma mesa de uno de los Secretarios de la Asamblea.

«He venido aquí para evitar un gran crimen, dice Luis XVI; en ninguna parte pienso que estaré con mas seguridad que entre vosotros.»

La Asamblea, sin embargo, no podia deliberar en presencia del monarca: en una estrecha tribuna es albergada la Real familia durante tres dias: por las noches pasaban á habitar en cuatro celdas del convento de los Bernardos, edificio contiguo á la Asamblea. Saqueado fué en tanto el palacio, y las perso-

nas reales se vieron obligadas á recibir auxilios de sus amigos para tener siquiera ropas con que mudarse. La embajatriz inglesa la condesa de Sutherland, compadecida de tal desgracia y teniendo un hijo de la misma edad del Delphin, envió á este los vestidos que consideró mas necesarios. De hecho la monarquía estaba abolida con la suspension del poder real. Tratóse de dar un alojamiento mas seguro á Luís XVI y su familia. Pensóse en el palacio del Luxembourg y despues en el de la Chancillería. Pero el Ayuntamiento de la ciudad de París en donde predominaba el partido masónico, consiguió que la familia real fuese encerrada en la torre del Temple, antiguo palacio de los templarios, de quienes los masones se decian herederos y vengadores. Un ascendiente de Luís XVI, Felipe el Hermoso, fué el perseguidor de la órden del Temple: era, pues, un triunfo que la secta conseguia de este modo, encerrando tras los muros que fueron suyos á los sucesores de aquel monarca su enemigo implacable.

A los seis dias de prision en el Temple, todos los servidores del monarca tuvieron que salir de la torre, en obediencia de un acuerdo del Municipio, quedando dos únicamente.

Dormía el Delfin en la misma habitacion de su madre, y el Rey diariamente se ocupaba en educarlo. Le hacia recitar algunos pasages de los excelentes poetas Corneille y Racine: le enseñaba geografia y el modo de levantar planos.

Próximo á ser condenado á muerte Luís XVI, en su testamento escrito el 25 de Diciembre de 1792, decia. «Recomiendo á mi hijo si tuviere la desdicha de llegar á ser Rey, que reflexione que enteramente debe dedicarse á la felicidad de sus conciudadanos: dar al olvido todo rencor y resentimiento y con especialidad lo que tenga relacion á las desgracias y pesadumbres que paso, que no puede labrar la felicidad de los pueblos sino reinando segun las leyes; pero al mismo tiempo, que considere que un monarca no puede hacerlas respetar y hacer el bien á que le inclina su corazon, sino en quanto tiene la autoridad necesaria, pues de otra suerte, ligado en sus acciones y no siendo respetado, es mas dañoso que útil.»

A las ocho y media de la noche, víspera de la ejecucion del desgraciado Luís XVI, la Reina con su hijo de la mano y la demás familia, entran en la cámara donde se prepa-

raba á la muerte el nieto de San Luís. Sentados todos muy cerca unos de otros, el Delfin permaneció en pié entre las piernas de su padre, durante aquella amarga despedida que duró siete cuartos de hora.

Levantóse el Rey primeramente y fué seguido de todos. El Rey y la Reina cada uno estrechaba una de las manos del Delfin: despidiéronse para no verse jamás en la tierra.

La Reina, desde la muerte de Luís XVI, guardando la etiqueta antigua de la corte, en cuanto le era posible, trataba á este niño con todo el respeto que se debia á un monarca. Era considerado como Luís XVII en su familia. Su corte se componia de su madre, de su hermana y de su tia.

Las sublevaciones de La Vendee proclamaron Rey al niño. Todos sus actos se publicaban en su nombre. Al otro lado del Rin estaba la Regencia que ejercia la autoridad de Luís XVII durante su minoridad y cautiverio.

Poco tiempo transcurrió, poco tras la ejecucion del monarca. Luís XVII fué arrebatado á las caricias maternas el dia 3 de Julio de 1793. Los cinco comisarios que custodiaban por turno la torre del Temple se presentaron á la Reina: leyéronle la órden de la

Asamblea nacional, y le amonestaron á que se conformase con tal separacion. Despues de muchas instancias, la triste viuda y desolada madre se determinó á entregar su hijo, el cual fué trasladado á las habitaciones que habia ocupado su padre.

«Esta separacion, decian los comisarios, ha sido hecha con toda la sensibilidad que se debe tener en tal circunstancia. Los magistrados del pueblo han guardado todas las consideraciones compatibles con la severidad de sus funciones.»

Entregaron por irrision al niño á un simulacro de preceptor, llamado Antonio Simon, que habia sido zapatero, hombre tan feroz como ignorante y cuyo mayor cuidado, en el cargo que le habian confiado, era enseñar al niño todo cuanto necesitaba para nunca ser Rey.

Le enseñó á jurar, á beber, á maldecir á sus padres, á entonar canciones impúdicas y á gritar *¡viva la República!* Un autor republicano en aquellos dias, exclamaba. «¿Qué podrá importar á la república que una familia destronada, le rinda tal homenaje ó que esa misma familia sea envilecida en la persona de un pobre niño?»

Simon y su mujer que era una furia, se propusieron extinguir los elevados sentimientos que se advertían en el alma noble de Luís XVII y destruir su naturaleza. Le compelian á trabajos desagradables: si vertía lágrimas, era maltratado á puntapiés: se veía forzado á pasar instantáneamente de la tristeza á la alegría. Hasta le despojaron de sus vestidos, no obstante ser muy malos, para ponerle unos sumamente asquerosos. La mujer de Simon en tanto le decía: *adelante, adelante: ven acá y juega al juego del rey destronado.*

Sin misericordia le fueron cortados los rubios cabellos *«que daban sombra á su frente real, las delicias de su augusta madre que tantas veces se recreaba de tenerlos entre sus manos.»* Simon cubrió la cabeza del niño con gorro rojo y le dijo aplaudiendo: «En fin, Capeto, ya estás convertido en jacobino.»

Inquietado en las horas de su sueño, teniendo que levantarse inmediatamente y descalzo, no bien era llamado por Simon, y experimentando todo género de ultrages, pasaba así miseramente la vida. Groseros eran sus alimentos, al par de insanos: húmeda y oscura su habitacion, y el aislamiento su aflictiva compañía.

Cierto día, Hebert, sustituto del Procurador del Ayuntamiento y David, representante del pueblo, penetran en la lúgubre morada del infeliz niño, donde estaba en soledad. Contaba entonces ocho años y medio. Uno de estos mensajeros le habla con estudiada gravedad y aparente dulzura: elogia su veracidad; le da esperanzas de que podrá obtener mayor libertad, y encaminan todas sus persuasiones á que el niño se confie enteramente á los que son árbitros de su suerte. Con el designio de que por los hechos comprenda la sinceridad de sus palabras y el espíritu bienhechor de que se hallan poseídos, dispone que cese todo acto de rigor con su persona y que sustituyan á la aspereza el regalo, y á la severidad el cariño. Su ayo Simon, fingiendo obedecer estas órdenes, presenta á Luis XVII, frutas, licores y dulces. Tiembla el inocente niño: absorto, temerosamente mira á aquellos hombres, los mismos que han oprimido á su familia y llevado al cadalso á su padre: le aquejan, sin embargo, la sed y el hambre, que para el intento le habian estimulado con las mayores privaciones. No se atreve á rehusar, ni menos á aceptar los ofrecimientos. A una señal imperiosa y temida que le hace Simon, calla y obedece estremecido.

Seguidamente le toman la mano, ponen en ella la pluma y obligan á Luís XVII á acusar de depravacion de costumbres y de vicios á su madre. Pausadamente dan al niño lectura de lo que le han hecho escribir. Contempla Luís á aquellos hombres con ojos de dolor y cual si quisiese pedirles el permiso para llorar. No se le consiente el menor signo de sentimiento; pero se contiene á Simon que queria que por el niño se cantase una cancion popular contra su madre.

Entre los juguetes que le hacia dar el Ayuntamiento habia una pequeña guillotina: un oficial municipal, compadecido por aquel recuerdo de la decapitacion del padre que se ponía en manos de un niño, lanzó al fuego aquel emblema de la muerte.

La junta de salud pública para vindicarse de estas infamias y de otras aun mas indignas, ejercidas contra un niño desgraciado, inocente é indefenso, decia. «Nosotros sabemos cómo se hace morir á los reyes é ignoramos como se educan á sus hijos.»

Mas llegó la hora de que acabase en Francia el imperio del terror y que se estableciese el *Directorio*. El feroz Simon en aquellas circunstancias siguió el partido de los republi-

canos mas sanguinarios y declarado fuera de la ley, acabó su vida en el cadalso.

En febrero de 1795, Mr. Hermaud, encargado de la policia de Paris á nombre de la junta de Salud pública, fué avisado por el Ayuntamiento de que el niño Cárlos Luis estaba gravemente enfermo, negándose á explicar su dolencia y á hacer lo que se le mandaba; que tenia tumores en todas las articulaciones, sobre todo en los codos y las rodillas, y que siempre queria estar acostado.

Averiguó Mr. Hermaud que tal silencio provenia desde aquel momento en que violentamente le habian arrancado la declaracion horrible que firmó contra su madre.

«Llegué yo al Temple, dice Hermaud, con Mathieu y Reverchin, y á la puerta de la prision de Luis XVII. Abrióse esta y vimos una antecámara pequeña con un hueco para poner la luz á cierta altura con el fin de no dejar aquella á la voluntad de un niño. Luis XVII estaba en su lecho y vestido, teniendo sobre sus piernas una pequeña tabla en la cual habia esparcidas muchas cartas de baraja, unas plegadas en formas de casas y otras elevadas á manera de castillos. Ocupado en jugar con ellas, no interrumpió su juego por

nuestra presencia. Hiciéronsele en el mas afa-
ble tono posible vivísimas instancias para per-
suadirle á andar por la habitacion, á hablar,
á distraerse, á responder, en fin, al médico
que el gobierno se proponia enviarle.»

Inmóvil el niño escuchaba con la aparien-
cia de la mayor atencion; pero no respondió
una palabra. Esta visita de comisarios de la
Asamblea y el Ayuntamiento le recuerda la
escena del representante David, unido á He-
bert, á Simon y otros comisarios en que le
hicieron pagar bien caro el pan, las frutas y
los licores, obligándole á firmar la terrible y
falsa deposicion contra su madre. El desdicha-
do, convencido por una larga experiencia de
cuanta costa eran para él todos los consuelos,
que hasta aquel dia se le habian dado, sospe-
chaba naturalmente de las promesas y de los
que las hacian. Habia llegado á aquella apa-
tia moral en que realmente no sabe uno si
hasta existe. Se le preguntó alternativamen-
te si queria un caballo, un perro, pájaros, ju-
guetes de cualquier clase que fuesen, y compa-
ñeros de su edad hasta para que viviesen jun-
to á él: si deseaba en aquel instante bajar al
jardin, subir á las torres, tomar dulces. Na-
die recibió respuesta ni por un signo ni por

un gesto siquiera, no obstante tener vuelta la cabeza hácia los que lo visitaban y mirarlos con una fijeza extraña, que espresaba la mayor indiferencia. Recurrieron á amenazas, á ruegos, á promesas: todo inútil; la misma atencion, la misma mirada fija, pero ni una palabra.

«Esto desesperaba á mis colegas y á mí, decia Mr. Hermaud. Tenia este proceder tal carácter de resignacion é indiferencia que parecia decirnos. Despues de haberme hecho declarar contra mi madre, ¿venis sin duda á que declare contra mi hermana? Miserables, me haceis morir á los diez años, ¿qué me importan vuestras caricias? Acabad con vuestra víctima.»

Bellísima estaba su cabeza entonces: descolorido el semblante, largos y hermosos sus cabellos, y bien ordenados.

Examinaron el alimento los comisarios y vieron en una cazuela roja un potage negro de lentejas, seis castañas mas bien quemadas que tostadas y un cubierto de estaño. Tal era el alimento del hijo de Luís XVI, del heredero de ó6 reyes.

Desde aquel dia se mejoró su alimento y se le prodigaron muchas atenciones y cuida-

dos. Pero jamás volvió á hablar: nunca se podía saber lo que le era agradable ó molesto. Antes era dócil y sumiso: pero desde la declaración contra la Reina su madre, tomó la resolución admirable en un niño de nueve años, de jamás pedir ni hablar cosa alguna.

Los médicos nada pudieron conseguir para prolongar su vida: el día 8 de Junio de 1795, después de una larga agonía, murió Luis XVII en su prisión á la edad de diez años, dos meses y trece días. Sus dos médicos verificaron la autopsia de su cadáver y declararon que habia fallecido víctima de un defecto escrofuloso que existia largo tiempo. «A esto se debe atribuir la muerte del niño, certificaban.» No puede llegar á mas la burla de la humanidad.

A las ocho y media de la noche del día de su fallecimiento, fué trasladado el cadáver á la Iglesia de Santa Margarita, y allí depositado á la presencia de dos comisarios civiles.

Después de esta muerte, hubo varios que se fingieron Luis XVII, alegando haber sido en la prisión sustituidos por un niño enfermo y mudo, con parecido al príncipe real. El mas célebre de estos fué un relojero alemán llamado Naundorff, el cual constantemente ha

procurado ser reconocido como tal Luis XVII. Con efecto, su semejanza y el recuerdo de acciones de su vida han obligado á algunas personas de la antigua corte á tenerlo por el legítimo príncipe. «Una sola cosa le faltaba para ser verdaderamente Luis XVII, dice un escritor, y es el no haber sido Naundorff.»

Este falleció en Delft, ciudad de Holanda. En su sepulcro se lee esta inscripcion:

«Aquí reposa Luis XVII, Rey de Francia y de Navarra (Cárlos Luis, Duque de Normandía): nació en Versailles el 27 de Marzo de 1785, muerto en Delft el 10 de Agosto de 1845.»

Y sin embargo se dice que el cementerio es la tierra de la verdad.

Un libro corre impreso por Europa con este título: «No: Luis XVII no ha muerto en el Temple.» Es una vindicacion de la memoria de Naundorff por un iluso súbdito suyo, apasionado de su memoria y leal mas allá de la muerte.

Sin embargo, Naundorff, queriendo usurpar la corona de Luis XVII, quiso quitar al pobre niño la aureola con que el mundo lo compadece en su martirio y su inocencia.

D. JOSE UTRERA Y CADENAS.

Nació en Cádiz el 26 de Diciembre de 1827, hijo de don Juan Utrera y doña María de los Dolores Cadenas: estudió la lengua latina á la edad de doce años, y con gran perfeccion. Virgilio era su escritor favorito: los pasages mas hermosos del Cisne mantuano, su continua lectura, su mayor recreo. Aprendió filosofía con nota de sobresaliente tres años en el Seminario conciliar de S. Bartolomé. Llamábale su imaginacion al estudio de la pintura. En 1840 entró á estudiarla en la Academia de Bellas Artes de Cádiz, demostrando con su aplicacion y progresos en el dibujo las bien fundadas esperanzas que tenian en él sus profesores.

Sin otro maestro que sus deseos, se dedicó al colorido. Abandonó desde entonces los estudios con que se dirigia á conquistar un puesto entre los jurisconsultos españoles, y se consagró únicamente al arte. Copió cuadros notables y notablemente: pintó varios retratos en que su gran talento se descubria; y como

en la escuela de Cádiz aun no se habian establecido los estudios superiores de pintura, hubo de abandonar en 1846 su patria y pasar á la corte. Admiró en el Real Museo las obras de Rafael y del Ticiano, de Murillo y de Velazquez, y al contemplarlas no pudo menos de decir: *¿Y hay quien pinte ya? ¿Quién llegará á hacer otro tanto!*

Vió el famoso cuadro llamado el *Pasmo de Sicilia* y exclamó: *¡Avergoncémonos los profanos de mirar la obra en que dirigió Dios la mano del artista para perfeccionarla.*

Al examinar otros cuadros de inferior mérito que no convienen en aquel Museo, dijo á los que le advertian de ello: *«Razon teneis: á eso puedo yo aproximarme en mi ruda ignorancia del arte; pero os juro que mientras viva, por favor que pueda tener, jamás permitiré que mis obras vengan á profanar este venerable santuario de los Dioses de la pintura.*

Ocho meses estuvo en Madrid, dedicado al estudio, dedicado á pintar algunos retratos de personajes.

Deseoso de inmortalizar su nombre y sintiéndose con sobrados alientos para emprender obras dignas de admiracion y eterna fa-

ma, quiso Utrera unir su memoria á la del mayor de entre los mayores héroes que en servicio de su patria sacrificaron su propia sangre, su libertad, sus haberes, su familia y sus amigos. Recorrió con el vuelo de su fantasía y alumbrado por la llama de su ingenio, el espacio de los tiempos que pasaron. La historia le señalaba con el dedo las hazañas de los grandes capitanes españoles en las sangrientas luchas que hubieron estos en nuestros campos, en nuestras sierras y en nuestros mares, con el valor Cartaginés, con el valor Latino y con el valor Godo.

Descubierto ante sus ojos el espeso velo que escondia los hechos de las antiguas edades, y desterradas las sombras y la confusion de la ignorancia y del olvido, vió Utrera á Pelayo blandir la espada y tremolar su estandarte régio para allegar á sí los restos infelices de la infelicísima rota del Guadalete, dando principio á la restauracion de España. Vió á los héroes que le siguieron en la empresa de desbandar las huestes de la media luna, humillando las cervices agarenas y convirtiendo sus pendones en alfombras y tapetes de los templos erigidos al Salvador del mundo.

Vió tambien á los capitanes del César Carlos V triunfantes en los campos de Italia, al pie del Capitolio, en las orillas del Elba, en los reinos, imperios y repúblicas de la vírgen América, y en las arenas desde donde la opulenta Cartago lanzaba contra Roma, su competidora en el dominio del Orbe, los ejércitos de Hannon y de Annibal. Vió cautivar á Reyes, á Pontífices y á magnates orgullosos, lo mismo en la trabajada Europa por las continuas disensiones, que sobre la laguna de Méjico: lo mismo á Francisco I de Francia, al Pontífice Clemente VII y al duque de Sajonia, que á Motezuma y á Guatimozin. Siempre vió á los héroes españoles haciéndose inmortales sobre los muros de las ciudades, en las entrañas y gargantas de las sierras y sobre las llanuras del mar, desde el Oriente hasta el Occidente, desde el Septentrion hasta el Mediodía. En todos halló ejemplos de admiracion dignos de eternal renombre; porque en todos se descubrian el valor y la nobleza de la magnánima nacion española.

Quiso pintar en un cuadro al mayor de los que en nuestra patria vencieron, y halló en don Alonso Perez de Guzman, conocido por el Bueno, el que obtuvo mas señalada victo-

ria; pues fué vencedor de sí, desoyendo los gritos de la flaca naturaleza y sacrificando la vida de su unigénito por no entregar á los enemigos de su Dios, de su Rey y de su patria la bien cercada villa de Tarifa, fortaleza que encendia la codicia del poder sarraceno.

De edad de 18 años se atrevió Utrera á emprender con soberano aliento lo que hasta entonces nadie habia emprendido. Temió, pero el temor huyó avergonzado ante la confianza de su osadía. Retrató al honrado caballero *Guzman el Bueno* en el acto de lanzar al campo del moro desde las almenas de Tarifa el puñal que habia de cortar las venas de su inocente hijo: á sus pies está la desventurada esposa pidiéndole que entregue la fortaleza al enemigo: los guerreros asombrados de la accion de su caudillo; y á lo lejos el real de los contrarios, y entre la morisma y el infante de Castilla don Juan, el tierno niño, el Isaac cristiano.

La inmortalidad guió los pinceles de Utrera: su cuadro en la exposicion pública, celebrada en 1847, fué admirado por los mas ilustres de nuestros artistas: la voz de la fama se derramó por la nacion española, y hasta subió al palacio de nuestros Reyes, anuncián-



do el heredero de las glorias de Murillo y de Velazquez.

Cuando acababa de lograr un alto laurel en la carrera de las artes, la muerte secó la flor de su juventud y abatió el vuelo del águila que habia osado remontarse á las nubes, contrastada por los vientos.

El esfuerzo de ingenio para concebir en la imaginacion su obra maestra, y la fatiga que empleó para terminarla en brevísimo tiempo, destruyeron su lozanía.

Castigó la enemiga fortuna su atrevimiento de subir en tan corta edad y con tan firme pie las gradas del templo de la gloria; pero el artista tuvo la satisfaccion de ver, aunque por pocos instantes, la corona que la justicia adjudicaba al triunfo de sus deseos. Así el gladiador Romano, combatido por diversos contrarios, despues de vencerlos uno á uno, cubria sus sienes con el lauro de la victoria y expiraba al rigor de las crueles heridas. Así los cristianos paladines en sus luchas con los moros, entraban en el campo enémigo y sin miedo de las flechas y los dardos, arrebataban el régio estandarte, y despues de llevarlo á los suyos, lanzaban el postrimer suspiro en brazos de los que aplaudian su esfuerzó sobrehumano.

La obra de Utrera debió consumir, así por el pensamiento como por la ejecución, el trabajo de toda la vida de un artista; y en efecto, sucedió lo que debía suceder. Quiso el joven gaditano anticipar el curso de los tiempos: lo que el estudio y el talento habían de conseguir en largos años, ejecutó en los Abries de su existencia, y su existencia terminó al terminar Utrera la obra de su vida.

Antes de dar comienzo feliz á su obra, sintió señales evidentes con que le avisaba su naturaleza que diese paz á su espíritu y descanso á su cuerpo. Una tos seca se presentó como primer síntoma de su mortal dolencia.

Sin embargo, continuó su constante trabajo. Así escribía á su amigo el artista don Roman Sanz, joven, cual él, de 18 años y que pintaba en tal sazón la cúpula y el camarín de la ermita de Ntra. Sra. del Socorro, patrona de Sacedon.

«Hace mes y medio que mi alma no existe para el mundo sino para un lienzo: el tiempo es corto para pensar en este y así no vivo como lo demuestra mi físico, por haber esforzado mi naturaleza mas de lo que podia: pero, amigo, no es esto lo que siento, sino que á pesar de tantos esfuerzos no correspondan los

resultados ni siquiera á mi mas pequeña voluntad. Quiera Dios que las revoluciones del tiempo no destruyan esa cúpula, donde quedará grabada su obra, para que no se oscurezca algun dia la corona mas brillante que ciñe su digna frente, como su obra mas juvenil en su destinada carrera. Ojalá yo fuera digno algun dia siquiera del nombre de gloria! pero no está destinada para mi, y francamente, como amigo lo digo, que si momentos tristes y trabajosos he tenido en mi vida, han sido al empézar esta obra que me ha aturdidido por razones que le diré cuando le vea; pero siempre sereno para conservar cariño á su amigo Roman.»

Al ver el entusiasmo que su obra habia ocasionado, escribia á su padre:

«Esta carta, mi querido padre, es para que tenga un dia de alegría, un dia de gozo tan grande como yo nunca me lo hubiera imaginado. El resultado de mi obra ha sido tan grande, que lo veo y me parece un sueño. Cuando yo me propuse seguir esta carrera, siempre mis ideas fueron grandes; aspirar á la cumbre de la pintura, pero este deseo era para mí dudoso y solo tenia la voluntad decidida á ello. Es cierto que hasta aquí donde quiera

que he estudiado he tenido una ventaja á los discípulos; pero esto no me satisfacía y menos creía que sabía. Una causa misteriosa ha trabajado en mi obra; una luz divina iluminó mi mente desde que la concebí hasta que la concluí, y yo lo ignoraba. ¿Cuándo podía yo figurarme que una obra mía, hecha antes del año de estar en esta, había de ser elogiada, había de sorprender y ser elevada á grande altura por los príncipes de la pintura moderna; por hombres que se tiembla al mirar sus obras, por un VICENTE LOPEZ, un RIVERA (habla de D. Carlos), un MADRAZO (se refiere á D. Federico), un TEGEO, un ESQUIVEL, un GUTIERREZ y un VILLAMIL? Cuando me desanimaban diciéndome que la obra que había concebido no estaba á mis alcances, entonces creo que mi pundonor se hirió y la fuerza de voluntad combatió y venció: tal es el estado de mi obra. El día que llevé el cuadro para colocarle, estaban todos los mejores profesores de la Academia, y todos se sorprendieron al verle y me dieron la enhorabuena. Este día, querido papá, le contaré siempre por el mas satisfactorio de mi vida; jamás conocí mayor placer; mi alma se elevó y me creí mas dichoso que el soberano mas

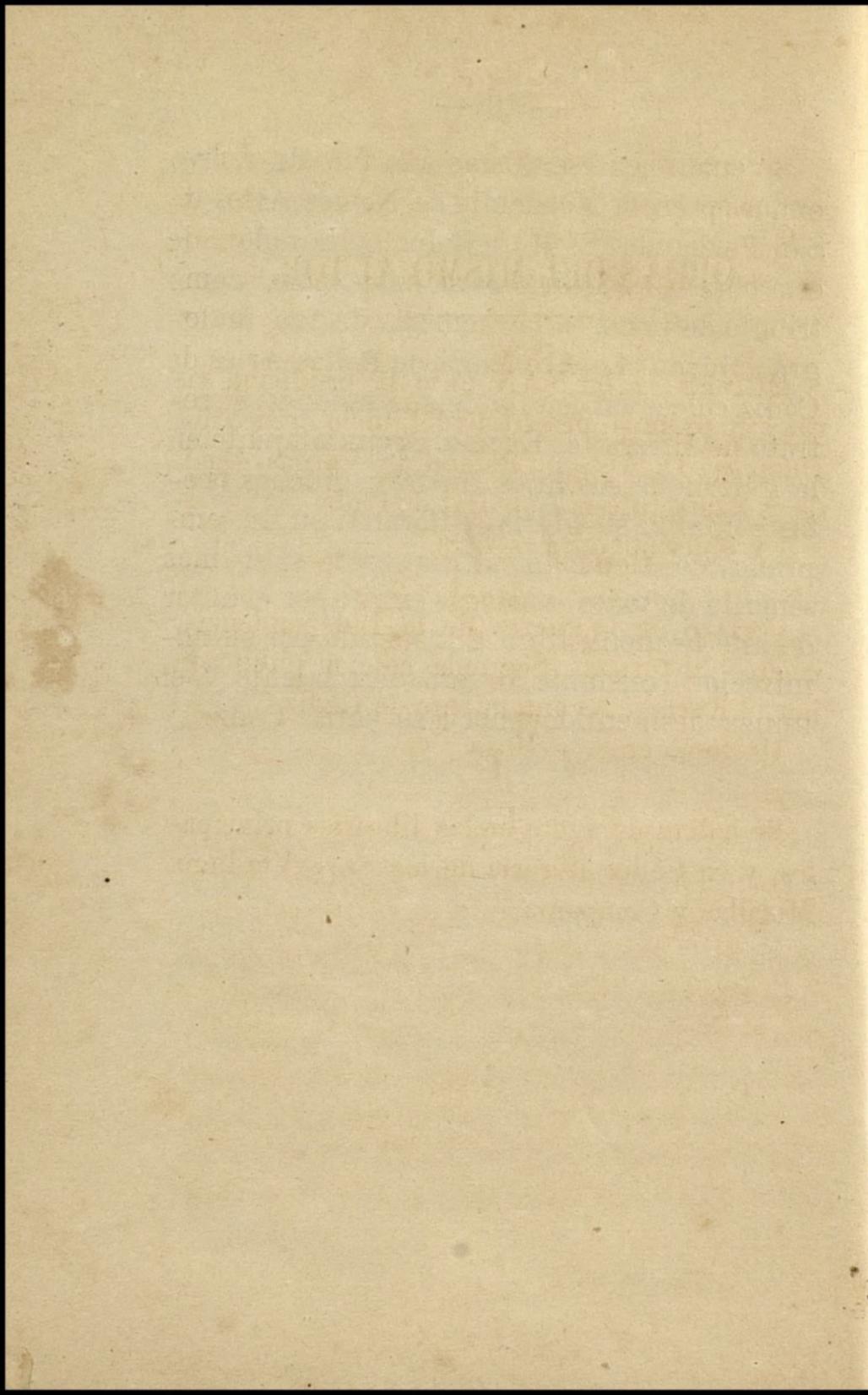
poderoso de la tierra. Nada, querido papá, puede compararse al verse alabado por los maestros primeros de mi país. Solo esta dicha recompensa cuantas fatigas he pasado. El cuadro tiene tantas simpatías con el público, que por do quier le oigo alabar y crecen con esto mi entusiasmo y mi dicha.»

No envanecieron á Utrera los aplausos: nada el general entusiasmo de sus amigos: nada los elogios de sus profesores: con duplicado ardor dedicóse desde aquel tiempo al estudio. Pero su naturaleza quebrantada ya, ni podia resistir este, ni menos el apresurado trabajo con que cediendo á las instancias de personas notables, pintó varios retratos.

Vencido su ánimo ante los progresos de la tisis, quiso con el parecer de la ciencia, restituirse á su patria. Volvió á los brazos de sus padres, volvió á los de los amigos de sus primeros dias. Alentóse su espíritu con los testimonios del afecto de los suyos y con el aire natal. Poco duró esta tregua: poco sus esperanzas de vivir para el arte y para la gloria. El mal se acrecentó doblemente; y habiendo pasado á Jerez de la Frontera para buscar un alivio, acabó en aquella ciudad sus brevísimos dias el 8 de mayo de 1848 á las nueve de la mañana.

Su cuadro en ese mismo año fué de nuevo expuesto en la Academia de Nobles Artes de San Fernando. S. M. la Reina, admiradora de esta obra, la adquirió para su palacio, como tributo de honor á la memoria de tan malogrado jóven. La Academia de Bellas Artes de Cádiz colocó en la sala de sus sesiones el retrato de Utrera: el Excmo. Ayuntamiento en la galería de sus hijos ilustres: muchos poetas cantaron su gloria, y lloraron su fin temprano, no siendo el último, pero sí el mas sencillo de todos, el elogio escrito por el autor de este pequeño libro é inspirado por su admiracion constante al verdadero talento y el nunca desmentido amor á su patria Cádiz.

FIN.



OBRAS DEL MISMO AUTOR.

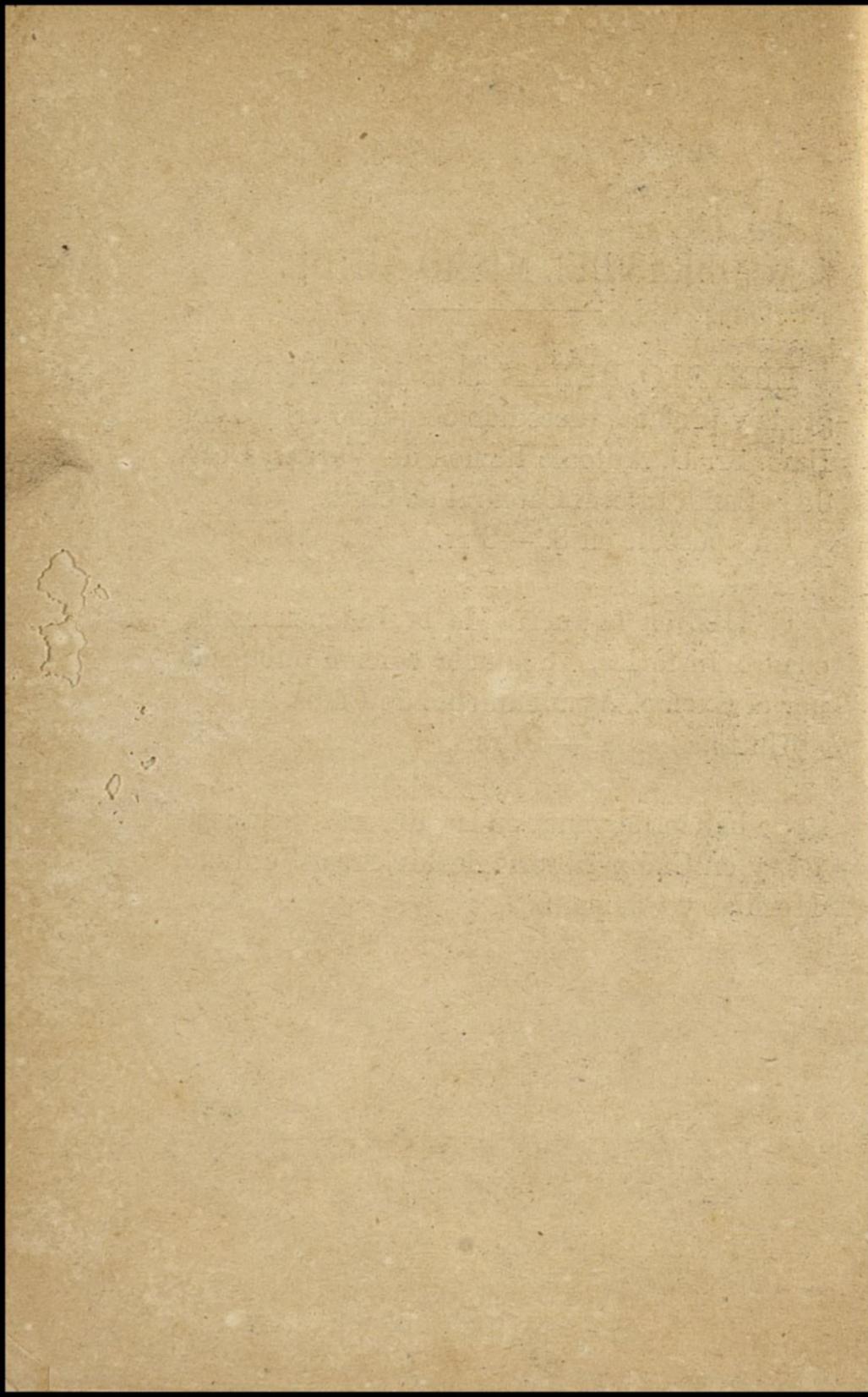
ERNESTO RENAN ante la erudicion sagrada y profana, precedido del juicio crítico del Ilmo. Sr. D. Antonio Ramon de Vargas, Dean de la Santa Iglesia Catedral de Cádiz.

Un opúsculo en 8.º—8 rs.

CÁDIZ en la guerra de la Independencia, cuadro histórico. Segunda edicion publicada por el Excmo. Ayuntamiento de Cádiz.

Un tomo en 8.º—10 rs.

Se hallan de venta en las librerías principales, y en Cádiz librería de los Sres. Verdugo, Morillas y Compañía.



1066563



Biblioteca Pública de Cádiz
Sig.: FL 929 CAS vid
Tit.: Vidas de niños célebres
Aut.: Castro, Adolfo de (1823-18
Cód.: 1066563



